

TIRSO DE MOLINA (1579 -1648)

DESDE TOLEDO A MADRID

PERSONAS que hablan en ella:

Don BALTASAR
Doña MAYOR
Don ALONSO, viejo
Don LUIS
Doña ELENA
Don FELIPE
Don DIEGO
CARREÑO, criado
CASILDA, criada
PACHECO, criado
GARCÍA, criado
MEDRANO, cochero
CARRETEROS

ACTO PRIMERO

Don BALTASAR, en traje bizarro de camino, baja por la escalera envainando la espada

BALTASAR:
Milagro fue no matarme,
cuando el tejado salté.
La casa ignoro en que entré.
¿Si en ella podré librarme
de la justicia? Escalera
es ésta, luz hay aquí.--
Si le maté, defendí
mi vida.-- La vez primera
que llego, Toledo, a verte,
¿de este modo me recibes?
¿A extranjeros apereibes
agrados y a mí la muerte?
Rüido en la calle siento;
diligencias por mí hará

la justicia; abierto está
y con luz este aposento;
entraré a favorecerme
en él de quien le habitare.

Viénesse a la alcoba

Su piedad mi vida ampare;
que bien puedo prometerme
de la autoridad y traza
de esta noble habitación
que sus señores lo son:
el riesgo que me amenaza
asegura la nobleza
que en tales casas se cría.

Cierra de golpe la puerta de la alcoba

Sin advertir lo que hacía,
cerré la puerta. La pieza
está tan bien adornada,
que califica a su dueño.--
¡Señores! ¿No hay nadie? --Al sueño
el que habita esta posada
pagará el común tributo.
Una cama de tabí
está descompuesta aquí:
socorro pido sin fruto.
Poco ha que sola quedó,
porque entre su ropa advierto
que, a semejanza del muerto
que el alma desamparó,
conserva el calor vital
en muestras de lo que fue.
¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
¿Vióse confusión igual?
Hallándome aquí encerrado,
doy sospecha a una bajeza,
indigna de la nobleza
que mi sangre ha profesado.
¿No es mejor salir y dar
cuenta al dueño de esta casa
del infortunio que pasa
por mí, y humilde obligar
su generoso favor?
¿Quién lo duda?

Procura abrir la puerta y no puede

¡Ay Dios! la puerta
que halló mi temor abierta
la cerró el mismo temor.
¿Qué es esto, enemiga estrella?
De golpe es, y sin la llave,
sólo amor y el hurto sabe
averiguarse con ella.
Si arranco la cerradura
con la daga, soy perdido,
pues los golpes y el ruido,
que al dueño avisar procura,
ha de aumentar la sospecha
de quien puertas descerraja:
por todas partes me ataja
la fortuna, satisfecha
de ordinario en perseguirme.
¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas
se eslabonan prodigiosas,
de que no puedo evadirme!
¿Hay sucesos más atroces?
Si el huésped viene y me ve
aquí, ¿cómo prevendré
¡cielos! las primeras voces
que han de alborotar la casa
y calle, que me persigue,
antes que cortés le obligue
a escucharme lo que pasa?
Una ventana hay aquí;
echarme de ella es mejor.

Asómase

Su altura me causa horror.
¡Cielos! ¿Dónde me metí?
Mujer parece que mora
esta cuadra; estrado es éste,
porque más riesgos me apreste
mi estrella perseguidora;
pues claro está que al instante
que me vea, hará mayor
mi presencia su temor,
y que no ha de ser bastante
mi humildad a asegurarla.

Sí, mujer es principal;
que tanto adorno y caudal
basta, ausente, a autorizarla.
Sillas bajas, contadores,
bufetillos de marfil
y ébano, ajuar femenino,
arquillas, aguas de olores
en pomos (si ya no son
Jordanes, cuyas virtudes
efímeras juventudes
venden a la ostentación)
publican quién es el dueño.
Sobre este bufete están
ropa y basquiña, que dan
muestra de no ser pequeño
el valor de quien las viste.
Apenas el oro en ellas
permite lugar de vellas:
a venir yo menos triste,
en la beldad contemplara
de quien son curiosa esfera.
Encima la cabecera
(¡qué poco el temor repara!),
hay medias y zapatillas,
en cuyo ámbar y rosetas
pudieran gastar poetas
dos resmas de redondillas.
¡Qué pequeña el alma es
que se organiza en su estrecho!
Traiga este melindre al pecho
quien le calza, y no en los pies.
Las ligas, aunque dobladas,
muestran la curiosidad
de su limpia ociosidad,
guarnecidas y encarnadas.
Almohadilla y bastidor
está sobre aquel estrado;
no es tan ocioso el cuidado
de quien hace esta labor.
De cera es esta bujía,
y de plata el candelero;
al paso que considero
la autoridad, policía
y adorno que viendo estoy,
crece en mí con el respeto
el recelo: a extraño aprieto

forzosos motivos doy.
¿No será bueno matar
la vela, por si entra a oscuras,
y sin verme, mis venturas
me pueden fuera sacar?
Sí; que detrás de la puerta,
en acabando de abrir,
seguro podré salir.
Pero no; que la luz muerta,
los indicios acrecienta
de mi sospechosa entrada.
Si de gente acompañada
vuelve, y en este aposento
me ven, ¿quién podrá obligarlos
a que mis desgracias crean?
¡Qué de males me rodean!
¡Qué mal que puedo escusarlos!

Paséase

Mucho tarda: ¿qué he de hacer?
Rendiré a sus pies mi espada;
pero estando ensangrentada,
más la obligaré a temer
que a lastimarse de mí.
Persuadiréla cortés,
arrojándome a sus pies;
podrá ser la obligue así.
Y cuando no, y voces diere,
padre o tío acudirán,
que piadoso escuchará
lo que humilde le dijere;
lastimarás de un caso
tan digno de su favor,
hará alarde su valor,
dando a mis desdichas paso,
desmentirá mi presencia
sospechas ocasionadas;
de mocedades pasadas
su vejez tendrá experiencia;
diréle cómo hijo soy...
Si en Córdoba acaso estuvo,
o noticia alguna tuvo
de mis padres, libre estoy.
Algo aliente mi sosiego
con esto. ¡Qué de ello tarda!

¡Lo que padece el que aguarda!
Cada vez que a tocar llevo
la cerradura, imagino
que tengo de hallarla abierta.
¡Que cerrase yo la puerta!
Nunca es cuerdo el desatino.
Cansado de pasearme
estoy; quiérome asentar.

Se sienta en una silla a la cabecera de la cama

Anoche con caminar,
ahora con desvelarme,
en el sosiego primero
convido al sueño y reposo;
mas no duermo el cuidadoso
que espera lo que yo espero.
¡Válgame Dios! ¿si murió
el ignorante atrevido
que, ciego e inadvertido,
por otro me acometió?
"Confesión", dijo. ¡Oh enfadoso
sueño, que a quien le tributa,
si como pobre ejecuta
cobra como poderoso!
Por lo menos dormirar
se me puede permitir;
que al ruido del abrir
fácil será despertar.

Duérmese, y pocos momentos después abren la puerta.
Salen CASILDA y doña MAYOR

MAYOR:
Jurara, Casilda, yo
que me dejé abierto aquí.

CASILDA:
Si cerró el viento tras ti,
tu descuido reprendió.

MAYOR:
Esta vez pensé quedar
sin padre.

CASILDA:

Cuando muriera,
nunca otro mal nos viniera.

MAYOR:
¿Estás loca?

CASILDA:
Es un pesar
el de herencias, según siento,
que, aunque cubierto de luto,
llora risas por el fruto
que espera, como el sarmiento.
No son mortales los daños
que la hacienda consoló.

MAYOR:
Más quiero a mi padre yo;
Dios me le guarde mil años.
¡Rigurosos accidentes!

CASILDA:
Jurara que se moría.

MAYOR:
Ya duerme.

CASILDA:
Tal batería
hubo de paños calientes.

MAYOR:
¡Qué enfermedad tan pesada!

CASILDA:
En los viejos es común;
que en ellos, sin ser atún,
no come el mal sino hijada.

MAYOR:
Vete, Casilda, a acostar,
pues hay luz en mi aposento.
¿Qué hora es?

CASILDA:
Campanas siento,
que deben de despertar

al alba.

MAYOR:
¿Tan tarde?

CASILDA:
Agora
madruga la primavera,
de las flores camarera,
y abotónalas, señora.

MAYOR:
¿Poetizas?

CASILDA:
¿Qué he de hacer?
Andar al uso es razón;
de críticos y vellón
no nos podemos valer;
probóme también la tierra.--
¿Cuándo piensas levantarte?

MAYOR:
A las diez.

CASILDA:
Vendré a llamarte
y a vestirte.

MAYOR:
Vete y cierra.

Vase CASILDA con la luz que trajo, y cierra

MAYOR:
Durmiera yo con sosiego,
de desvelos jubilada,
a estar desembarazada
el alma, que al gusto entrego
de mi padre, más que al mío.
A casarme a Madrid voy,
y enamorada no estoy;
voluntad ¿no es desvarío?
Diréis que sí, y con razón;
que tiene (o será ignorancia)
amor la primera instancia

y esotro la apelación.

Quítase el rebozo

Dormir sobre ello es forzoso.
Ni le quiero mal ni bien;
no resistiendo el desdén,
bien me suena esto de esposo.
Componer mi cama quiero.--
¡Ay cielos! ¿quién está aquí?
Muerta soy. ¡Triste de mí!

Cae desmayada con el candelero en la mano;
apágase la luz y al ruido de la caída despierta don
Baltasar, [y habla como entre sueños dos versos]

BALTASAR:

No hay prisión donde hay acero:
ofendíle acometido.--
Aun no debo estar despierto.
O se ha gastado o se ha muerto
la luz. ¡Qué de ello he dormido!
¡Ay cielos! ¿Quién está aquí?
Un bulto siento a mis pies.
¡Jesús mil veces! ¿Quién es?
¿Si el hombre a quien muerte di
viene por disposición
del cielo a enfrenar mi vida?
Sin culpa fui su homicida;
él se buscó la ocasión:
esfuerzo, animad el pecho,
y averiguad desventuras.
¡Cerrado, solo y a oscuras
en tan no esperado estrecho!--
¡Válgame Dios! si el sentido
del tacto vengo a creer,
esta que toco es mujer;
los cabellos y el vestido
aumentan mi confusión.
¡Oh siempre engañoso sueño!
¿Si es el esperado dueño
de esta noble habitación?
Sin duda debió de entrar,
y el asombro repentino
de verme aquí cuando vino,
la debió de desmayar.

No pulsa el vital calor,
su frente parece hielo.
¿Si es muerta? ¿Hay más males, cielo;
todo esta noche rigor?
Abierta se dejaría
la puerta, si descuidada
la espanté desde la entrada.

Alza la vela del suelo

¿Qué es esto? ¿Otra luz traía?
Huyendo quiero escusar
la muerte que espero cierta;
a tienta busco la puerta;
pero mal la podré hallar
si, impidiendo mi salida
la fortuna, la cerró;
¡mi verdugo he sido yo!
Con una mujer sin vida,
y aquí encerrado, quien venga
¿qué satisfacción oirá,
o qué excusa obligará
a que compasión me tenga?

Pónele a tienta la mano sobre el
corazón; áselo de los brazos, y procura volverla en sí.

Podrá ser que viva esté.
Saltos le da el corazón,
que del mío alientos son.
¿Cómo en sí la volveré?
Señora, señora mía,
alentaos, volved en vos,
no temáis.

MAYOR:
¡Madre de Dios!

BALTASAR:
Ya torna.

MAYOR:
¡Virgen María!

BALTASAR:
Viviendo, restitüís

otra vida, que aunque ignora
quién sois...

Doña MAYOR se levanta asustada,
teniéndola don BALTASAR de los brazos

MAYOR:

¿Qué es esto? ¡A tal hora
y en tal parte, don Lúis?
¿El tiempo cohecháis al sueño,
y para que más me ofenda,
hurtáis vuestra misma hacienda,
que hoy creyó llamaros dueño?
¿Tanto hay desde aquí a dos días
que acertáis al vicio plazos?
Soltad, descortés, los brazos
que aborrecen groserías;
no intentéis, amante falso,
hazañas que desdoráis,
mientras liviano trocáis
el tálamo en cadahalso;
que es bárbaro proceder
el que mancha vuestra fama,
aun para una común dama,
cuanto y más vuestra mujer.
Pues si la ocasión buscastes
en que mi padre estuviese
enfermo, y la noche os diese
el tiempo que malograstes,
vuestro grosero interés
ha despertado mi olvido;
que no será buen marido
quien fue amante descortés.
Mal voluntad granjeáis
que de vos haciendo caso...

BALTASAR:

Paso, mi señora, paso;
que no soy el que juzgáis.
No deis voces, sosegaos,
lastimaos de mí, por Dios.

MAYOR:

¿Cómo? ¿No sois don Luis vos?

BALTASAR:

No, señora; reportaos.

MAYOR:
¡Ay cielos!

BALTASAR:
Un caballero,
de su estrella aborrecido,
y esta noche perseguido
de desgracias, forastero
(y tanto que ayer llegué
a esta ciudad) acosado
de la justicia, al sagrado
de esta casa, donde entré,
peligros atropellando,
pide en su naufragio puerto.
Dejé a un ignorante muerto;
sentí venirme alcanzando
quien sólo pone temor
con el nombre y la presencia;
no sabe hacer resistencia
con la justicia el valor;
escusé con retirarme
ímpetus de la crueldad;
la noche y comodidad
de estas calles a ampararme
se ofrecieron. Entré en una
estrecha (las más lo son),
metióme mi confusión,
guñada de mi fortuna,
por una casa pequeña;
a su tejado subí;
salté al de ésta desde allí;
el temor todo lo enseña.
Él me guió a que bajase
por la escalera presente;
vi luego esta cuadra enfrente;
entré, y sin que consultase
al discurso, la cerré,
haciendo imposible así
mi salida; requerí
puerta y ventana; esperé,
y de discursos cansado,
de temores combatido,
de puro velar dormido,
y durmiendo desvelado,

di la ocasión lastimosa
que a declararos me atrevo;
aunque si con ella os muevo
a compasión, ya es dichosa.

MAYOR:

No sé si compadecerme
de vos o si me engañáis;
que los que de noche entráis
donde sin recelos duerme
el recato, ya traviesos,
ya indignos usurpadores
de las haciendas y honores,
soléis disculpar escesos
con desgracias que fingís,
y lástimas que inventáis;
puesto que ocasión me dais,
conforme vos la decís,
de que a la parte mejor
atribuya este accidente;
que a no estar vos inocente
de culpas, contra el valor
que esas palabras arguyen
siempre los atrevimientos
se acompañan de instrumentos
que las llaves sostituyen.
Lámpara hay en la escalera;
esperadme aquí, y traeré
una luz.

BALTASAR:

Dichosa fue
mi desdicha; ya quisiera
ver dueño de discreción
tan digna de celebrar.
La vela debéis buscar.

MAYOR:

Matóla mi turbación.

BALTASAR:

Y yo en el suelo la hallé,
examinando asustado
peligros de mi cuidado.

MAYOR:

Dádmela y la encenderé.

BALTASAR:

Veísla aquí; tomad.

MAYOR:

¿Qué es de ella?

BALTASAR:

Ésta es.

MAYOR:

Esperadme aquí.

Abre la puerta y vase

BALTASAR:

Manteca de azahar sentí
al tocarla; si es tan bella
como blanda, suerte mía,
será, afrentando el metal,
candelero de cristal
el trono de la bujía.

Vuelve doña MAYOR con luz

¡Qué divina perfección!--

Poco a poco resplandece
la mañana que enriquece
flores que su afeite son;
pero tanta agregación
junta, al mismo sol cegara;
luz los ojos, luz la cara,
luz en las manos también.

Pródiga de luces, ten,
que más te quisiera avara.

Si tantos rayos produces,

¿qué hará, cuando a veros llega,
la voluntad que se anega
entre piélagos de luces?

Si a los ojos las reduces,
ellos sobran; da lugar

a que te puedan mirar
los que deslumbrar procuras;
que mejor me estaba a oscuras,
si por verte he de cegar.

MAYOR:

¡Bien al huésped aplaudís
que agora necesitáis!
¡Bien la opinión restauráis
que cortés restitúís!
Aunque lisonjas fingís,
obligada las aceto,
no poco ufana, os prometo,
que os haya en algo servido,
por el talle, bien nacido,
por las palabras, discreto.
¿De dónde sois?

BALTASAR:

Cordobés.

MAYOR:

¿Dónde asistís?

BALTASAR:

En Madrid.

MAYOR:

Y ¿a qué venís acá?

BALTASAR:

Oíd.

MAYOR:

Dejaldo para después;
que amanece ya.

BALTASAR:

Interés
será tener ocasión
de volveros a ver.

MAYOR:

Son
mis males más presurosos.

BALTASAR:

¿Cómo?

MAYOR:

Rigores forzosos
violentan mi inclinación.
Cásanme, y llévanme fuera
de Toledo.

BALTASAR:
¿Cuándo? (¡Ay cielos!)

MAYOR:
Esta tarde.

BALTASAR:
(Entrad por celos,
amor, para que yo muera.)

MAYOR:
Madrid mañana me espera
para cautivarme.

BALTASAR:
Ya
Madrid madrastra será.
Y ¿espérais el venturoso,
mi enemigo y vuestro esposo,
allí?

MAYOR:
No.

BALTASAR:
Luego ¿aquí está?

MAYOR:
Por mí vino. ¿Pasáis vos
adelante?

BALTASAR:
Pasaré...
de amor a celos, en fe
de que me matáis los dos.
¿Qué es esto, tirano dios?

MAYOR:
¡Qué adelante pasáis!

BALTASAR:
Más

de lo que pensé jamás;
que amor que celoso adora
pasa adelante, señora,
en vez de volver atrás.
Mas cuando no a acompañaros,
mal dejará de seguiros
quien adelanta suspiros
que vuelan a aposentaros.

MAYOR:

Ni quiero crédito daros,
ni admitir empeños puedo;
que puesto caso que quedo
entretenida en oírlos,
no podré restituirlos
en saliendo de Toledo.
Yo he de casarme en llegando;
¿de qué sirve edificar
torres que se han de quedar
en los cimientos? Buscando
con los pensamientos ando
cómo sacaros de aquí,
sin que corra en vos y en mí
riesgo el crédito y honor,
y entre todos el menor
es peligroso.

BALTASAR:

¡Ay de mí!
Que os pierdo al tiempo que os gano.

MAYOR:

Mas fuerza es daros remedio.
La cuadra, pared en medio,
es de don Pedro mi hermano;
sólo fía de mi mano
la llave, cuando se ausenta;
estálo agora: si intenta
vuestra cordura no dar
en casa que sospechar
(que temo que alguno os sienta),
que os encerréis me parece
en ella, mientras que pasa
la noche, y se abren en casa
las puertas, pues ya amanece.
Este medio se me ofrece;

pues tiene luego de entrar
tanto deudo a despedirse
que, abriéndoos, sin advertirse,
tendréis de salir lugar.
¿Qué os parece?

BALTASAR:
Que os partís,
que os casáis, que muerto quedo;
¡que nunca yo de Toledo
fuera huésped!

MAYOR:
Bien fingís.
Seguidme.

BALTASAR:
¿Qué don Lúís
es éste que me atormenta?

MAYOR:
Juventud, nobleza y renta
califican su valor;
mas donde falta el amor,
de lo demás no hagáis cuenta.

BALTASAR:
¿Sin amor, y os cautiváis?

MAYOR:
Quiérello mi padre así.
¿Qué he de hacer? Ya consentí.
Pero vos ¿cómo os llamáis?

BALTASAR:
¿Para qué lo preguntáis?
Don Baltasar fui primero;
ya que os amo y desespero,
esfera de celos soy;
llamadme "celos" desde hoy,
que es el nombre que más quiero.

MAYOR:
¿Dónde posáis?

BALTASAR:

Posé ayer
con don Felipe Chacón,
y hoy posaba mi ambición
en vos misma; ¿qué he de hacer,
si ya en ajeno poder
lloro mi esperanza vana?

MAYOR:
Seguidme.

BALTASAR:
¿Que, en fin, mañana
os casáis?

MAYOR:
Don Baltasar,
creed que me he [de] casar,
por vos, muy de mala gana.

Vanse. Salen don DIEGO y CARREÑO, de camino

DIEGO:
¿Que en Madrid no me habéis visto?

CARREÑO:
Ni en Madrid ni en otro cabo.

DIEGO:
Ciego estáis.

CARREÑO:
¿No es caso bravo?
No os conozco, ¡vive Cristo!

DIEGO:
Vuestro nombre ¿no es Carreño?

CARREÑO:
Ese apellido me dio
el padre que me engendró.

DIEGO:
Pues yendo con vuestro dueño
de día y noche a mi casa,
tan domésticos en ella
los dos, que forma querella

de lo que en su ofensa pasa;
habiendo don Baltasar
sido casi su señor,
pues que le tuvo su amor
en puntos de desposar,
¿sois vos tan desconocido
como él?

CARREÑO:

Bizarro mancebo,
confieso lo que la debo
a esa dama; mas no he sido
tan dichoso que alcanzase
a conoceros allí;
ved lo que queréis de mí,
y por ignorancia pase
la inadvertencia; que basta
la noticia que me dais
de esa casa donde estáis
tan ducho. Vengo de casta
olvidadiza; no puedo
desdecir de mi linaje.
Si en Madrid fuisteis su paje,
y pretendéis en Toledo
acomodaros, anoche
llegamos estropeados
de asentaderas: cuidados
y celos, en vez de coche,
en dos mulas nos trajeron
(por mejor decir, batanes),
que a entrambos, de cordobanes,
tafiletes nos volvieron.
No sé lo que aquí estaremos;
pero en mi pobre ración
tendréis el mejor quiñón,
y la cama partiremos
con los demás requisitos
de una lacaya amistad,
en que gocéis por mitad
chinchas, pulgas y mosquitos.

DIEGO:

La oferta, Carreño, estimo,
no obstante que me agraviáis
en que no me conozcáis.
Yo soy de doña Ana primo.

CARREÑO:

¿Primo suyo vos, señor?
Feliz quien tal prima tiene,
y desde la corte viene
a ser su procurador.
En esto de primos sé
poco, y aunque no mirase
en vos cuando allí os hallase,
desde agora os serviré,
por la "primo"-genitura
que alegáis, como acreedor
del regalo y el favor
que debo a su fermosura.
¡Qué de veces liberal
añadió al real y cuartillo
otro, que aunque era sencillo,
era suyo y era un real!
Aun no he roto las valonas
que me dio de tres en tres;
mi señora doña Ana es
digna de arrastrar coronas.
¡Mal haya el malo y los celos
que bodas descompadraron,
a mi dueño desterraron,
y en mí renovaron duelos!
Porque si ella mi ama fuera,
sarna sólo me faltaba.
Mas ya que todo se acaba,
¿a dónde de esta manera
camina vuestra mercé?

DIEGO:

Agravios que en honra tocan
hasta las piedras provocan.
Su esposa mi prima fue
en la opinión de quien vía
la frecuencia con que entraba,
y su casa visitaba
de noche como de día.
Papeles no averiguados
del tiempo en que se escribieron,
bastantes indicios fueron
para despertar cuidados;
mas no para despreciar
tal mujer, tal opinión.

CARREÑO:

Tiene extraña condición,
si empieza, don Baltasar.
No dará a torcer su brazo,
si le quemán; es temoso,
y todo amante celoso
ve por tela de cedazo.
No hay hacerle averiguar
lo que hay en esto, y que deje
este camino; es hereje
cuando da en cabecear.
Pero si dio vuestra prima
en guardar papeles tanto,
que lo sienta no me espanto.
¿Quién guarda lo que no estima?

DIEGO:

Antes de puro olvidados,
los juzgaba ya perdidos.

CARREÑO:

Ya sabéis que despedidos
los papeles y criados,
son enemigos de casa,
que unos a otros, por vengar
su enojo, suelen cantar
a cuantos ven lo que pasa.
Mas si se quieren los dos,
y la verdad le decís,
ya que en su busca venís,
asegurándole vos,
volverá el pájaro al nido.

DIEGO:

No es eso lo que pretendo.
Doña Ana teme, y yo entiendo,
que se da por ofendido
don Baltasar porque aquí
tiene dama que divierte
su primero amor de suerte
que la olvida; y siendo así,
no le está bien a mi prima
dar satisfacción en duda
a quien ingrato se muda,
y sus prendas desestima.

Si esto puedo averiguar,
ausencias y desengaños
suelen, restaurando daños,
aborrecer y olvidar;
pero si recelos son
los que de Madrid le sacan
(que, aunque atormentan, se aplacan,
dándoles satisfacción),
entonces descubriré
quién soy, y a lo que he venido.
Doña Ana esto me ha pedido;
es mi sangre, y no podré
permitir que pierda el seso,
amante cuanto celosa.

CARREÑO:

Sois cuerdo como ella hermosa;
mas lo que yo alcanzo en eso
es que si don Baltasar
estuviera arrepentido
tanto de haber ofendido
a Dios, como de dejar
a doña Ana, ya pudiera
envidiarle un capuchino.
Mil veces de este camino
entendí que se volviera,
porque tirando del freno
a la tal cabalgadura,
y vuelta la fachadura
a Madrid, entre sereno
y nublado (entre lloroso
y airado, quiero decir),
suspiros vi despedir
de un Durandarte amoroso;
y suspirando yo y todo,
por la falta que me hacía
el cojín que no traía,
hubo suspiros de modo
en toda aquella jornada,
que también nos imitaron
las mulas, pues rebuznaron
ausencias de la cebada;
y afirman, sin ser perjuros,
los grafieles del mesón
que en mulas, rebuznos son
suspiros cabalgaduros.

Decíale yo: "Señor,
pon tus celos en olvido;
vuelve a casa, pan perdido;
celos, espuelas de amor,
aunque pican al amante,
andan, según un poeta,
como rocín de Gaeta,
más hacia atrás que adelante.
¿Qué hemos de hacer sin Madrid?
Fuerza es que tu error confieses.
¡Vuelta, vuelta, los franceses
con corazón a la lid!"
y él picaba, respondiendo,
"no ha de verme la tirana
de sus ojos; ya doña Ana
se ha acabado; yo me entiendo;
la ausencia mis celos sane";
hasta que en una vereda,
con la grande polvoreda,
perdimos a don Beltrane.
Digo que a Madrid perdimos
de vista. Ved, según esto,
si su amor es manifiesto;
y pues que no despedimos
las mulas, cuán poco habrá
que negociar, si le veis,
para que allá nos tornéis.

DIEGO:
Y él agora ¿dónde está?

CARREÑO:
Apeámonos los dos
en casa de un caballero
su amigo, que aquí frontero
vive; mas no sé, por Dios,
dónde fue anoche a jugar,
que aunque le hemos esperado
con lo cocido y asado,
ni se ha venido a acostar,
ni sé que sea cortesía
hacer que un huésped aguarde,
tan noble, desde ayer tarde
hasta agora que es de día.

DIEGO:

¿Y no queréis vos con eso
que tenga sospechas yo
de que a mi prima dejó
porque aquí le quita el seso
algún toledano hechizo?

CARREÑO:

Yo por lo menos no sé
que haya hasta aquí quien le dé,
por rondarla, romadizo.
El jugar alivia duelos,
y habráse mi amo picado;
que Galeno ha recetado
las pintas contra los celos.
Mas veisle allí donde viene
con don Felipe Chacón.

DIEGO:

En esta averiguación,
Carreño, asentar conviene
si he de darme a conocer,
y a mi prima restaurarle,
o si tengo de dejarle.
Fácil os será saber
si tiene dama, o el juego
esta noche le entretuvo,
y en sabiendo dónde estuvo,
volver a avisarme luego.

CARREÑO:

Puntual procurador
hacéis; yo os imitaré;
pero ¿dónde os hallaré?

DIEGO:

Hacia la iglesia mayor.

Vanse. Salen don BALTASAR y don FELIPE

FELIPE:

Sucesos me habéis contado
imposibles de creer.

BALTASAR:

Las siete debían de ser,
cuando en la sala encerrado

que es de su hermano aposento,
oigo abrir una criada
que, risueña y despejada,
me dijo: "Estaréis contento,
caballero, de haber sido
inquieto desvelador
de quien, no sé si de amor,
esta mañana ha dormido
por vos tan poco, que está
dando esmalte a dos ojeras.
Contádome ha sus quimeras,
porque si a casarse va
hoy a Madrid, ¿qué otra cosa
sus vanos desvelos son?
Salid, y de esta ocasión
infeliz, aunque amorosa,
os olvidad, pues perdéis
a un tiempo lo que ganáis."
"Vida matando me dais",
respondí. "¿Cómo queréis
que ingrato olvide favores
de quien mi dicha es deudora?
Socorrió vuestra señora
mi peligro en los temores
que ya sabréis; ¿podré yo,
si de ellos me he de acordar
mientras viviere, olvidar
a su hermoso dueño? No."
"Id, caballero, con Dios",
replicó, "y salid conmigo.
Mas ¿qué me daréis si os digo
que está llorando por vos?"
Respondíla: "Esta cadena,
aunque incrédulo lo dude."
"La gente de casa acude",
dijo, "andad en hora buena
y, haciéndoos en contradizo
en Cabañas o en Olías,
aliviad melancolías
de quien os juzga su hechizo,
por ser la cosa primera
que os encarga mi señora."
"Ventura es de quien la adora",
dije. Bajé la escalera,
y por divertir la gente
de casa que en el zaguán

estaba, dijo: "Don Juan,
escribame brevemente."
Volví en vuestra busca luego,
donde noticia os he dado
de la noche que he pasado,
de mis desdichas, del fuego
que nuevamente me abrasa,
del imposible que adoro,
de un sol de quien me enamoro,
que hoy me ha muerto y hoy se casa.

FELIPE:

Notable aventura ha sido.
Doña Mayor de Toledo
será la dama, si puedo
sacar de lo que os he oído
la verdad por conjeturas.
Don Luís de Salazar
con ella se ha de casar,
porque hechas las escrituras
desde Madrid, supe yo
que en Toledo le esperaban.
Sus partes y hacienda alaban;
pero su ventura no,
supuesto que ha de ser dueño
de quien no le quiere bien.
Pero séos decir también
que no es el favor pequeño
que su prima doña Elena
me hace, y vive en su casa.
BALTASAR: ¡Ay, don Felipe! ¿Esto pasa?
Irremediable es mi pena.

Sale CARREÑO

CARREÑO:

¡Esperalde por ahí
con la cena y con la cama!

BALTASAR:

¡Carreño!

CARREÑO:

Una casi dama
preguntando está por ti.

BALTASAR:

¿Qué dices? ¡Ay, huésped mío!

¿Si me busca la criada
de mi medio mal casada?

FELIPE:

Podrá ser.

CARREÑO:

De desafío
trae el manto a la visera,
que sólo enseña medio ojo.
No eres negociante flojo.
¿Tan presto hay estafetera?
¿Ayer venido, hoy buscado?
No se lo arriendo a tu sueño.

BALTASAR:

Di que entre, y calla, Carreño.

CARREÑO:

Entre, y callo: oye el recado.

Sale CASILDA

CASILDA:

La persona que sabéis,
que os buscase me mandó,
y éste para vos me dio.

Dale un papel

De respuesta serviréis
vos mismo, si agradecido,
no olvidáis obligaciones
primeras; y ahorrad renglones,
y cumplid lo prometido.

Quiérese ir y detiénela don BALTASAR

BALTASAR:

¿Así os vais? ¿Qué prisa es ésta?

CASILDA:

Dala el desposado.

BALTASAR:

Oíd.

CASILDA:

Desde Toledo a Madrid
podréis ser vos la respuesta.

Vase

CARREÑO:

Rey de armas es la mujer;
retos sus palabras son;
mas dama con cedulón
¡vive Dios! que es de alquiler.

BALTASAR:

¿Hay dicha más infelice,
hallazgo más perdidoso?

FELIPE:

El caso está bien dudoso;
mas sepamos lo que os dice.

Lee

BALTASAR:

Esta mañana han hallado
muerto a un criado de casa;
ved si es cuerdo quien se casa
en día tan desdichado.
Una litera ha buscado
la necia solicitud
de quien me mata en salud;
porque, si como imagino,
muriere en este camino,
no quede por ataúd.
De esto ¿qué se os dará a vos?
Antes debéis alegraros,
pues para desempeñaros
yo pagaré por los dos;
siendo ansí, quedaos con Dios;
pero si me engaño y muero,
hallaos presente; que quiero
mandaros el alma en muestra
que, como de hacienda vuestra,
sois vos solo el heredero.

¿Qué os parece? ¿Hay tal papel,
tal amar, tal persuadir?

CARREÑO:

Él se debió de escribir,
en vez de tinta, con miel.

FELIPE:

Sentido y discreto está.
pero ¿qué pensáis hacer?

BALTASAR:

Hazañas de un bien querer;
transformaciones verá
en mí Toledo, no escritas
de Ovidio.

FELIPE:

¿De qué manera?

BALTASAR:

Impediréis la quimera
de mi amor, por inauditas,
si os las cuento; todo junto
lo sabréis en estando hecho.

CARREÑO:

(¡Pobre doña Ana! Sospecho
que están tocando a difunto
por vuestro amor; a su primo
le voy a dar esta nueva.)

BALTASAR:

Vamos.

FELIPE:

¿Adónde?

BALTASAR:

A hacer prueba
de lo que a mi dama estimo.
Hacia el hospital de afuera,
amigo, tengo que hacer.

FELIPE:

¿Allí? Pues ¿qué?

BALTASAR:
Conocer
al dueño de la litera
alquilada.

FELIPE:
Alto, venid.

BALTASAR:
Veréis, pues celos me abrasan,
las maravillas que pasan
desde Toledo a Madrid.

ACTO SEGUNDO

Suena dentro ruido de coche. Don ALONSO,
doña MAYOR, MEDRANO, dentro

ALONSO:
Para, para.

MAYOR:
Medrano,
¿estáis sordo? Parad el coche, hermano,
que voy muerta.

MEDRANO:
¡La flema!
Dadas, muchacho, pues el sol no quema,
que ya se ve Cabañas.

MAYOR:
Señores, ¿quieren que eche las entrañas?
Parad, o arrojaréme
del coche.

ALONSO:
Parad; ¡hola!

MEDRANO:
Pararéme,
con treinta diablos; ea,

no malpara. ¡Qué presto se marea
la dama! Yo la digo
que tomara en Madrid este castigo;
que hay hembra que una noche
no se acostó, por sólo andar en coche.

Salen don ALONSO, doña MAYOR y MEDRANO

MAYOR:

¡Jesús! ¡cuál vengo! El alma
traigo en los dientes.

MEDRANO:

Échela en la palma.
¡Gentiles damerías!
Legua y media han andado. Ésta es Olías;
éstas sus ventas llenas
de palominos, vaca y berengenas.
A este andar, llegaremos
en dos años. --Marina, remojemos.

Vase

MAYOR:

¡Que sólo hemos andado
legua y media no más? ¿Hay tal enfado?
No imaginé yo que era
tan largo el mundo.

ALONSO:

Ponte en la litera,
si te hace mal el coche,
y lleguemos a Illescas esta noche.

MAYOR:

¡Litera, ni por pienso!
¿Turibulada yo sin ser incienso,
y entre dos machos feos,
sujeta a descortesés bamboleos?
No, padre, no me agrada;
descanse en ella tu dolor de ijada;
que será cosa esquiva
querer que vaya en tumba, estando viva.

ALONSO:

¡Oh, qué melindres tienes!

Mayor, repara que a casarte vienes;
olvida niñerías,
y logra seso, como logras días.

MAYOR:

Pues si perdida vengo,
¿qué he de hacer? Desde luego te prevengo
que no será posible
pasar de aquí, si tu vejez terrible
no quiere que me muera,
yendo a Madrid en coche o en litera.
Dejemos la jornada,
o a Toledo volvamos si te agrada;
pues es mejor dar vuelta,
que entre polvo y calor morir envuelta,
dentro de un calabozo
portátil, para ver de mí mal gozo.
Yo no quiero casarme,
si primero pretendes enterrarme.
Méteme en un convento
y no en un coche, estrecho monumento,
pues cuando en él me vea,
aunque cause tristeza, no marea.

Salen don LUIS y doña ELENA

LUIS:

Pues, esposa querida...

ELENA:

¿Qué aguardamos, Mayor?

MAYOR:

Estoy perdida.
Señor don Luis, advierta
que he de llegar, si voy en coche, muerta.
No estoy acostumbrada
a un balanzo tras otro. La jornada
es larga; si procura
mi salud, o me den cabalgadura
con sillón, o en Olías
nos desposemos.

LUIS:

Dichas fueran mías
el acortar los plazos

que ha de lograr mi amor en vuestros brazos.
Poco hay de aquí a Cabañas.

MAYOR:

Menos hay de la boca a las entrañas.
Señores, yo no puedo
conmigo más; o vuélvame a Toledo
o llévenme de suerte
que, en vez de bodas, no lloren mi muerte.

ELENA:

Alquilen un jumento;
irá mi prima en él más a contento;
pues aquí es fácil cosa
hallar jamúas.

MAYOR:

¡Invención airosa
será, por vida mía,
que entremos en Madrid al mediodía,
en coche el desposado
y la novia en jumento angarillado,
dando a risas motivo
ir yo galanteándole el estribo!

ALONSO:

Pues ¿qué traza daremos
para que tus melindres contentemos?

MAYOR:

¿No van cuatro criados
a mula, a su placer acomodados?
Escojan la más mansa,
pues la litera angustia, el coche cansa;
que, habiendo aquí herederos,
que en Toledo son casi caballeros,
si diligencia pones,
no faltarán jamúas o sillones.
Búsquenme una emprestada,
o si no, demos fin a la jornada.

LUIS:

Si sólo estriba en eso,
démosla gusto.

Salen don BALTASAR, de mozo de camino, MEDRANO, y CASILDA

BALTASAR:

Bonda pan y queso
para beber un trago.

MEDRANO:

Berrico, ¿no coméis?

BALTASAR:

Nunca me pago
de manjar que se asienta
en las tripas; con pollos pago cuenta. --
Mis amos, pues ¿qué [es] esto?
¿Ya se han cansado? Vamos de aquí presto,
que es de noche.

ALONSO:

No quiere
ir en coche Mayor.

BALTASAR:

¿No? Pues espere;
la mula que yo llevo
anda como una dama.

ALONSO:

Es de mancebo,
que llaman de camino.
Buena será.

BALTASAR:

A mi cuenta no hay pollino
que ande más manso y llano.

Si gusta de ir en ella,
busquen unas jamúas que ponella.

MAYOR:

Mancebo acomodado
sois para vos.

BALTASAR:

De cinco que me han dado,
un coche y la litera,
escogí la mejor y más ligera;
que todo sobrestante

ha de mirar por sí, Cristo delante.

LUIS:

Alto, pues nos la ofrece,
busquemos, entretanto que anochece,
vendidas o prestadas
jamúas o sillón en las posadas.

ALONSO:

Deudos tengo en Olías;
Gonzalo de Aguilera o Juan de Frías
podrán acomodarnos
de todo, aunque sospecho han de estorbarnos
esta noche el camino.
Cumplámosla este antojo u desatino.

LUIS:

Vamos a hablarlos luego.

ALONSO:

¡Libréme Dios de tu desasosiego!

Vanse don ALONSO, don LUIS y MEDRANO

ELENA:

Llegaremos de noche.

MAYOR:

No es mi estómago, prima, para coche.
Mas vos, ¿de qué manera
habéis de caminar?

BALTASAR:

¿Yo? A la ligera.
Yendo a su lado, quiero
servirla al pie de su palafrenero.
Ya que nos detenemos,
señora doña Elena, merendemos;
vaca hay salpimentada,
palominos fiambres y ensalada.

ELENA:

¡Vaya! ¿No vienes, prima?

MAYOR:

No estoy para comer, antes me anima

el fresco que aquí corre.
Tráiganme en que me asiente.

Don BALTASAR entra en la venta y saca una silla de costillas

CASILDA:
¡Brava torre
empina nuestro Olías!

BALTASAR:
De costillas es ésta.

CASILDA:
¡Y de hartos días!

ELENA:
¿No entra el señor Berrío
a merendar?

BALTASAR:
Ya yo he bebido frío.

ELENA:
¿De nieve?

BALTASAR:
Lo del pozo
suple esta falta.

ELENA:
¡Qué alentado mozo!

Vanse doña ELENA y CASILDA

MAYOR:
Pues, señor don Baltasar,
¿qué es esto?

BALTASAR:
Lograr venturas,
que en desdichados son cortas
y largas penas anuncian;
añadir nuevos cuidados
a los primeros que buscan
por donde se libre una alma
que más se enreda y anuda;

alargar lo más que puedo
la vida, si no la cura,
de una voluntad doliente,
en vísperas de difunta;
cumplir órdenes severas,
pues vuestras crueldades gustan
que os salga al encuentro y oiga
la sentencia que pronuncian
vuestro rigor y mis celos;
porque si la ausencia escusa
tormentos por lo distante,
y agravios que no se escuchan,
presente yo a vuestras bodas,
sin medio que disminuya
tanto pesar, me atormenten
de una vez mis ansias juntas.

MAYOR:

¿Ansí se desautoriza
valor y sangre que ilustra
persona de tantas partes?
¿No pudiera hallar la industria
artificio más decente?

BALTASAR:

Sí, pero menos segura
traza, señora, de hablaros
el tiempo breve que dura
esta infelice jornada;
pues cuando su fin se cumpla,
le tendrá, viéndoos ajena,
la vida que os llama suya.

MAYOR:

Encareced ponderable
lisonjas que os atribuyan
el descrédito que siempre
da el amor a quien las usa;
que yo no he de imaginarme
tan fénix en la hermosura
que en mí fingís, engañado
de una vela casi a oscuras,
que en tiempo tan breve crea
finezas que dificultan
muchos días de frecuencia,
largo amor y pruebas muchas.

BALTASAR:

Pues a no quedar yo corto
en exagerar en suma
el fuego que por los labios
exhala llamas ocultas,
¿paréceos a vos, señora,
que osaran poner en duda
indecencias de este traje
el valor que disimulan?
No extrañéis ver que me alabo;
que cuando mi amor procura
imposibles en el vuestro,
contra el hado y la fortuna,
siquiera para obligaros
a compasión de quien gusta
morir si os pierde, es razón
que os saque de tantas dudas.
Don Baltasar es mi nombre,
Córdoba la antigua alcuña
que me dio apellido y patria;
en seis mil ducados funda
su mayorazgo mi padre,
y para que mejor luzcan
en mí, que sucedo en ellos,
guardoso los acumula.
Manda que asista en la corte
para que pleitos concluya,
pues si dichoso los venzo,
conforme me lo aseguran,
el estado de marqués
con diez mil ducados junta
mi dicha, y tendréla entonces,
si su dueño os intitula.
Sacad de esto lo que os amo,
y mirad, si a ser de burlas
la fe amante que os adora,
osara poner en duda
mi crédito por buscar
peligrosas aventuras
para veros, cuando advierto
que desdichas apresuran
vuestro tálamo y mis penas,
pues siendo mañana, anuncian
triste vejez a mis padres
y a mis años sepultura.

¡Nunca yo en Toledo entrara,
o ya que en él entré, nunca
me sacara aquella noche
mi desgracia, para injuria
de una vida malograda,
y de un alma que, confusa
en vuestros mismos favores,
riesgos de muerte la turban!
¿Qué he de hacer, Mayor hermosa,
vos casada, y yo sin culpa
condenado, por quereros,
a envidiar al que os usurpa
dos almas, que mi esperanza
trazaba enlazar en una?
Será dueño de la vuestra
mañana, y estando junta
la mía, Mayor, con ella,
fuerza es que a servirle acuda.
Ved el señor que me dais,
ved los celos con que lucha
un amor desesperado,
ved a lo que se aventura
quien a su pesar se casa,
y escarmienten desventuras
ajenas recelos propios,
que la voluntad enlutan.
Llamado os salgo al encuentro,
y en este papel me jura
Amor que me le tenéis;

(Saca un papel)

si ya me olvida y se muda,
en fe de la acción que tengo,
presento las escrituras.
Dilatad resoluciones
mientras competencias duran;
no os desposéis en llegando;
mujer sois, fingid excusas;
discreta sois, buscad traza;
amante sois, haya industria,
con que, difiriendo plazos
que mi esperanza repugnan,
aproveche al que os adora
ser por vos mozo de mulas.

MAYOR:

Como yo de vos creyera
lo que la esperanza duda,
y no recelara engaños
de cortesanas astucias,
sospecho, don Baltasar,
que pusiera en aventura
por vos todos los respetos
que en la sangre me ejecutan.
El poco conocimiento
que tengo de vos rehusa
lo que el corazón otorga.
Licenciosas travesuras
os entraron en mi casa,
muerto un hombre en la apretura
de sus calles: ¡ved qué abono
en vuestro favor resultan!
Obligado, me obligasteis,
vos cortés, yo dando ayuda
a vuestra seguridad
quedé sola, entró en disputa
la voluntad y el recato,
y mientras entrambos luchan,
aquélla favoreciéndoos,
y éste fulminándoos culpas,
sin dormir, a despertarme
entró el sol, a coyuntura
que amor, abogado vuestro,
iba haciendo la resunta
de las prendas que os abonan.
Levantéme, por ninguna
de las partes declarada,
puesto que inclinada a la una;
llegó mi padre a este tiempo,
y con él el que procura,
sacándoos a vos del pecho,
que a su imperio me reduzca.
Dieron prisa a esta jornada,
cuanto más corta, importuna;
pues si la de Ulises fuera,
lo que la brevedad turba,
se aclarara con el tiempo:
yo sin amar al que injuria
la vuestra, instantes los plazos,
y amor que imposibles busca,
todos estos fueron causa

que os suplicase la pluma
lo que no osara la lengua,
en principios de amor, muda.
Que me viésedes deseaba
(antes que llorase viuda
el alma, casado el cuerpo)
en el camino; mas nunca
pudiera yo imaginar
del valor y la cordura
que consideraba en vos,
la indecente travesura
de transformación tan baja;
ni he leído que haya alguna
de las que Ovidio entreteje,
que ansí admire y ansí encubra.
Prométoos que cuando os vi
concertar cabalgaduras
con mi padre esta mañana,
diestro en la desenvoltura,
interesable en el precio,
malicioso en las preguntas
y grosero en el lenguaje,
que hizo el alma conjeturas
sobre si érades de veras
lo que parecéis de burla;
mas satisfíceme luego;
que el alma no se deslumbra,
cuando quiere bien, por sombras
que verdades disimulan.
Aumentastes mis cuidados,
y agradecida, confusa,
me sacaron de Toledo
ejecuciones caducas,
mi viejo en esa litera
y en la aborrecible tumba
del coche mi prima y yo,
don Luis y Casilda, a mula
vos y los demás criados,
fingiendo luego mi astucia,
por feriar esta ocasión,
desmayos, ansias y angustias
que han parado en lo presente.
Juzgad, si cuentas se ajustan,
cuál de los dos debe a cuál,
y quién alcanza en la suma.

BALTASAR:

En todo sois mi acreedora;
mas ¿qué importa, si disfruta
diligencias de mi suerte
quien esperanzas me anubla?
En Madrid entráis mañana,
y a la noche (¡ay Dios, qué obscura
será para mí!) os desposan,
si en diez leguas no resultan
de mi fe y vuestros favores
trazas que cuerdas destruyan
vejeces de vuestro padre,
contrastes de mi fortuna.

MAYOR:

En menos término un rayo
pedernales desmenuza,
sorbe una tormenta armadas,
y Roma en Numancia triunfa.
Donde hay amor, no hay estorbos,
ni desescha coyunturas
la necesidad maestra,
si los aprietos la apuran.
Ya yo no camino en coche;
al estribo de la mula
(que, siendo vuestra, sabrá
terciar en nuestras consultas)
esta noche dispondremos
la que fuere más segura
a vuestro amor y a mi fama.

BALTASAR:

Pondré en ella el non plus ultra
de los prodigios, si salgo
con éste.

MAYOR:

Tengo preguntas
considerables que haceros,
y es bien que en ellas discurra;
mas quédense por agora,
que viene mi padre.

BALTASAR:

Ayuda,
amor; que no es noble hazaña

la que no se dificulta.

Salen don ALONSO y don LUIS

ALONSO:

¿Tendrémoste ya contenta?
Hallado habemos jamugas;
¡plegue a Dios que no te cansen
o no caigas!

BALTASAR:

Es la rucia
una oveja; no hayan miedo;
no anda más llano una burra.
Yo iré a su lado, y verá
cuál se la tengo.

MAYOR:

¿Quién duda?

LUIS:

Ea, mi bien, caminemos;
la noche, aunque no hace luna,
es clara; poned el coche,
hermano mozo de mulas.

BALTASAR:

Hablemos bien, si es que sabe.

LUIS:

¿No es vuestro nombre éste?

BALTASAR:

Lucas
Berrío soy en mi casa,
gracias a taita y al cura;
tíos tengo familiares,
y un hermano que aun estudia
en Alcalá, y un pariente
que es racionero de Murcia.

LUIS:

Todo eso es calificado
y a propósito: ¿qué injuria
os hago dándoos el nombre
de vuestro oficio?

BALTASAR:

Nenguna,
si el de mi oficio me diera.

LUIS:

¿No curáis cabalgaduras?

BALTASAR:

No, mas soy su sobrestante.

LUIS:

¿Por vuestra vida?

BALTASAR:

Y la suya.

LUIS:

¿Que también hay diferencia
en esos cargos?

BALTASAR:

Y mucha.

Los que en calzones de lienzo,
monterilla con la punta
al cogote y alpargates,
a pata en invierno sudan,
son mancebos de camino;
mas los que en cabalgadura
acompañan, con espuela,
sombbrero, calza de abuja,
su borceguí encima de ella,
manga o jubón de camuza,
capotillo de rajeta,
valona y liga que cruza,
espada y daga de ganchos,
éstos tales se entetulan
sobrestantes del ganado.
No tengamos barahunda;
hablar como se ha de hablar,
y Cristo con todos. ¡Unzan!

LUIS:

Vaya, no riñáis por eso.

Sale MEDRANO, con látigo de cordel en mano

MEDRANO:
Alto de aquí.

BALTASAR:
¿Está la rucia
ensillada?

MEDRANO:
Y con sus andas,
de veinte y cinco.

BALTASAR:
Pues suba.

LUIS:
Yo, esposa, os pondré a caballo

BALTASAR:
Paso, hidalgo, que no se usa
quitalle el oficio a nadie;
cada cual al suyo acuda.

LUIS:
Apártate allá, grosero.

BALTASAR:
Polido, no estará ducha
su persona a estos trabajos.

LUIS:
¡Ah bárbaro!

BALTASAR:
¿Echamos pullas?
Mire que ha de derriballa;
que es cosquillosa la mula
para quien no la conoce.

MAYOR:
¿Cosquillosa?

BALTASAR:
Es mala cuca.

MAYOR:

Pues yo no quiero ir en ella.

ALONSO:

¿Díjelo yo?

BALTASAR:

A quien la cura
y da de comer se amansa.

MAYOR:

Pues póngame en ella Lucas,
y vaya siempre a mi lado.

BALTASAR:

Pegaréme como pulga;
mas pagándolo.

MAYOR:

Se entiende.

BALTASAR:

Alto, pues; venga. ¿Es de pluma?

Lleva a doña MAYOR en brazos, y vanse todos.
Salen CARREÑO y don FELIPE, de camino

FELIPE:

Aquí tienen de hacer noche,
si van a comer a Illescas.

CARREÑO:

No son las posadas frescas;
pero todo carro o coche
en Cabañas da cebada.

FELIPE:

¡Qué mal lugar escogieron!

CARREÑO:

Venteros leí que fueron
(como quien no dice nada)
sus fundadores; sacad
de estos principios qué tales
serán los más principales
de esta insigne vecindad.

FELIPE:

Los más de ellos son mesones.

CARREÑO:

Aunque es población pequeña,
la autoriza la cigüeña
de su pozo.

FELIPE:

Dio invenciones
a las tramoyas extrañas
que celebra el vulgachón.

CARREÑO:

Sí; no fue mala invención
la del pozo de Cabañas.

FELIPE:

No hiciera mala comedia
quien la traza aprovechara
de vuestro amo.

CARREÑO:

Será rara,
como no acabe en tragedia;
que lo temo, ¡vive Dios!

FELIPE:

¡Qué notable desatino!

CARREÑO:

Es capricho peregrino,
y, aprobándosele vos,
¿qué mucho le ejecutase?

FELIPE:

Pues yo ¿tengo culpa de eso?
Vile tan fuera de seso
que, porque no se empeñase
en disparates mayores,
concedí en todo con él.

CARREÑO:

Sois lindos cascos vos y él
para embadurnar amores.
¡Válgate el diablo por hombre!

Acabado de apear,
¡al instante hubo de hallar
reconcomios!

FELIPE:

No te asombre;
que fue la ocasión terrible.
De noche un hombre encerrado,
por la hermosura asaltado
poderosa y apacible
de la más bella mujer
que a Toledo da valor;
obligado a su favor,
y, tras riesgos del temer,
ocasiones de amar,
influencias de los cielos;
y, comenzando por celos,
viendo que se va a casar
con persona que aborrece,
las dichas que le apercibe,
cuán amorosa le escribe,
lo que este lance le ofrece,
cuarenta y dos mil escudos
que autorizan su hermosura...
¿qué prudencia, qué cordura,
qué laberintos, qué nudos
de Alejandro bastarán,
Carreño, a enfrenar el seso
de un mozo amante y travieso?

CARREÑO:

Bien, mas si a casarse van
a Madrid, ¿de qué provecho
será la transformación
de mozo de mulas?

FELIPE:

Son,
cuando se ven en estrecho
el amor y la fortuna,
más activos y eficaces;
si en ellos discursos haces,
no saldrás con medra alguna.
Todo hombre considerado
luce sus intentos tarde;
peca el sabio de cobarde,

y de atrevido el soldado.
Si Alejandro reparara
en imposibles, no fuera
señor del mundo, ni hiciera
a tantos peligros cara.
Colón, a no atropellar
estorbos de día en día,
no añadiera monarquía
a España de tanto mar.
Ni sabe amar el prudente,
ni vence el considerado,
ni admite razón de estado
el celoso ni el valiente.

CARREÑO:

¡Qué guisado que lo halló
todo: mulas de alquiler,
coche y litera! De ayer
venido, hoy se convirtió
en mancebo de camino.

FELIPE:

Dióle amor la traza y modo;
el dinero sale a todo
con remedos de divino.
Sobornamos a su dueño,
y salí yo su fiador.
¿Por qué piensas que el amor
supo en Júpiter, Carreño,
llover dorado granizo
que a Dánae dejó preñada?
Porque no hay puerta cerrada
para este absoluto hechizo.
Dióle este metal sus bulas
para todo; no te espantes,
si el oro vence gigantes,
que venza el que alquila mulas.

CARREÑO:

Y vuesa merced ¿qué intenta
aguardándolos aquí?

FELIPE:

Quiero prevenir así
peligros que el hado inventa.
Haciéndome enconradizo

con ellos, ayudaré
su engaño, y estorbaré
de un amor arrojadizo
desesperadas locuras,
que le pueden estar mal.

CARREÑO:

Usted es amigo leal
para tales aventuras;
quiera Dios que la presente
nos absuelva a culpa y pena.

FELIPE:

De su prima doña Elena
soy ya ha días pretendiente,
y no ha de ayudarnos poco
si le cuento estas marañas.
Prevenamos en Cabañas
camas y cena.

Vase

CARREÑO:

Si un loco
guía a otro, ¡buen suceso
se aliña! Vaya con Dios,
que no hayan miedo los dos
que echen alforzas al seso.

Sale don DIEGO

DIEGO:

En fin, Carreño, ¿vuestro amo
con tan indecente traza
se enamora y se disfraza?

CARREÑO:

Es tal, que al primer reclamo
da en la liga; apenas vio
la hechicera toledana,
cuando, olvidando a doña Ana,
a la luz se derritió
de una vela, que alcahueta
de estos disparates fue.
Quien compra lo que no ve
al sol, cuando se prometa

montes de oro, si después
se le vuelven en carbón,
quéjese de su elección.

DIEGO:

Y de su necio interés,
si el burlarse de mi prima
a la cara la saliere.

CARREÑO:

Pretenda lo que él quisiere,
que, aunque más su amor le anima,
es imposible alcanzar
el fin de su pensamiento.
Desposaránse, al momento
que se acaben de apear
en Madrid, el desposando
y la novia, según queda
concertado, sin que pueda
lograr trazas que está dando
nuestro amante literero,
y soplaráse las manos
cuando lllore ardides vanos.

DIEGO:

Si yo no le doy primero
el castigo que merece
hombre de tan poca fe.

CARREÑO:

Más vale que él se le dé
a sí mismo, si os parece,
y que doña Ana del modo
le olvide que él la ha olvidado;
perderálo escarmentado
todo quien lo quiso todo.

DIEGO:

¡Vive Dios!, que he de decir
quién es a los que acompaña.

CARREÑO:

Intentaréis una hazaña
que se os ha de deslucir,
porque o le han de dar la muerte
o él os la ha de dar a vos,

y cualquiera de los dos
que la pierda, es caso fuerte.
Y cuando esto no suceda,
¿de qué servirá afrentar
a un noble que, por amar,
desacreditado queda
en tan desvalido traje?
Yo, a lo menos, lo que hiciera,
a ser vos, le persuadiera
a solas con buen lenguaje,
dándole un gentil jabón,
y advirtiéndole lo mal
que en hombre tan principal
parece transformación
tan indigna de creer,
y el peligro a que se expone
quien a burlar se dispone
tan generosa mujer
como vuestra prima hermosa;
pues si se muda ligero,
es mi señor caballero,
y la sangre que es lustrosa,
levántase aunque tropieza.
Temerá el verse por vos
descubierto, y querrá Dios
que acuerdos de la belleza
que deja, y los imposibles
que pretende, abran sus ojos,
y paren estos enojos
en tálamos apacibles.
Considerad lo que hacéis,
y advertid cuán poco gana
de mi señora doña Ana
fama y opinión.

DIEGO:

Tenéis
más seso que vuestro dueño.
Admito ese parecer;
pero guárdese de hacer
desprecio de mí, Carreño;
no eche culpa a su castigo,
si en Cabañas le avergüenzan.

CARREÑO:

A venir carros comienzan.

Adiós, y haced lo que os digo.

Vanse. Don BALTASAR, don ALONSO, don LUIS y doña MAYOR, dentro

BALTASAR:

¡Jo, mula de Barrabás!

¿Qué demonios te han tomado?

ALONSO:

Tenelda.

LUIS:

¿Hala derribado?

BALTASAR:

Dalle, dalle; ¿correr más?

Señora, téngase bien.

MAYOR:

¡Ay, Lucas, que me derriba!

BALTASAR:

Tírela del freno arriba.

¡Ah, malas landres te den!

Piérdese la voz de don BALTASAR

ALONSO:

Para el coche.

LUIS:

Para el coche.

MEDRANO:

Caminen, que no caerá.

LUIS:

Parad: ¡hola! acabad ya.

MEDRANO:

¡Voto a san Nuño!

Salen todos menos MAYOR y BALTASAR

ALONSO:

¿De noche,

y no hay quien vaya tras ella!

LUIS:
¿Qué camino hay sin desastre?

ALONSO:
Quiera Dios que no la arrastre.

ELENA:
Vaya alguno a socorrerla.

CASILDA:
Adelantáronse tanto
los de caballo a tomar
posadas, que en el lugar
deben ya de estar.

MEDRANO:
¿Qué espanto
los asombra? ¿En angarillas
no va? ¿Qué diablos nos cansa?

LUIS:
¿Ésta era la mula mansa?

MEDRANO:
Mansa es, pero tien cosquillas;
debiósele de asentar
la silla en la matadura.

CASILDA:
Ya no parecen.

ELENA:
¡Qué oscura
noche!

LUIS:
Quiero irla a buscar.

MEDRANO:
¿No va a su lado Berrío?
Ya pueden haber llegado
al pueblo, y aun remojado.

CASILDA:

¿Si cayó?

MEDRANO:

¡Buen desvarío!

Ya nos atronara a voces
la señora.

ALONSO:

¿Hay tal correr?

MEDRANO:

Ella se sabrá tener.
Suban; que no tira coces;
que es la rucia una cordera.
Vamos; no tengan temor;
que ella se tendrá.

LUIS:

Señor,
subid en vuestra litera,
y los demás en el coche;
partiré entretanto yo
y sabré donde paró.

ALONSO:

Cosas he visto esta noche
en tres leguas, que sobrarian
para ciento.

MEDRANO:

Donde van
mujeres, siempre hallarán
enfados que en risas paran.
Dos tiros de piedra habrá
de aquí a Cabañas; subir.

ALONSO:

En efeto, ¿queréis ir
en su busca?

LUIS:

¿Quién podrá
vivir, si cual yo la adora,
entre tanto que no sabe
lo que ha sucedido?

MEDRANO:

Acabe.

¡Estémonos aquí un hora!

No es tan zurda la muchacha;
él verá cuál se agarró.

ELENA:

¡Miren qué mula la dio
el Lucas!

MEDRANO:

No la hay sin tacha;
mas la rucia es un borrico.
Acabemos, pues; subamos.

ALONSO:

En la posada esperamos.

LUIS:

Yo voy, pues.

MEDRANO:

Dalas, Perico.

Vanse. Salen doña MAYOR, en zapatillas, y don BALTASAR, trayéndole los chapines

BALTASAR:

¡Linda traza!

MAYOR:

Como vuestra,
aunque con algún peligro.
Mil veces pensé caer.

BALTASAR:

Media legua hemos corrido.

MAYOR:

¿Qué pueblo es aquél?

BALTASAR:

Magán.

Mientras duermen sus vecinos,
y los que mi amor estorban
buscándoos andan perdidos,
consultemos este rato,

hermosa Mayor, arbitrios
que sustenten mi esperanza,
sin estorbos ni registros.

MAYOR:
¿Y la mula?

BALTASAR:
Está paciendo.

MAYOR:
¿No hay donde atalla?

BALTASAR:
No quiso
criar árboles la Sagra,
por darse toda a los trigos.
Raso está todo este campo,
y a propósito este sitio
(por lo que de prado tiene
con yerba, aunque mal florido)
para disponer los dos
o mi tormento o mi alivio.
Sentémonos, si os parece.

MAYOR:
Advirtiéndooos al principio
lo que de vuestra nobleza
supongo, y que de vos fío
respetos que, ocasionados,
no profanan bien nacidos.

BALTASAR:
Cortés amaros pretendo
con deseo casto y limpio,
segura mi voluntad
y mis gustos comedidos.
Sin manos viene mi amor;
sólo en la lengua y oídos
jurisdicción limitada
que os respete les permito.

Siéntanse

MAYOR:
Sois cordobés caballero;

de tal patria, en fin, tal hijo;
para cautivar me más,
no busquéis otros hechizos;
mas ¿con cuáles obligasteis
la mula a que, del camino
derrotada, así corriese,
ocasionando mis gritos?
Que a no asirme a las jamugas
y el ir vos siempre conmigo,
no hay duda que me arrastrara.

BALTASAR:

Tiene amor, en fe de niño,
invenciones y poder
para ejecutarlas, y hizo,
en mi favor estudioso,
mi Mayor, las que habéis visto.
Enfadábame el llevar
al lado tanto registro,
interrumpiendo cansados
ya el hablaros, ya el oíros;
y, como no me va menos
que vivir el persuadir
que de término tan breve
amante atajéis peligros,
valíme de las tinieblas
y del ramo de un espino,
plumaje de unos cambrones,
que al bruto sin culpa aplico
debajo la gurupera,
el cual al instante mismo
que, sin ser enamorado,
le escoció lo pungitivo
de los celos, y en tal parte,
a puras coces y brincos
procuró librarse de ellos,
de puro correr, corrido;
porque celos y cambrones
son deudos muy parecidos.
Él picado y yo celoso,
echamos por esos trigos;
mas sin perderos los brazos,
que medraron mis alivios
por tocaros y teneros,
hasta llegar a este sitio
donde gozoso os apeo,

a la mula abrojos quito,
ella pace y yo descanso
mientras adorando os miro.

MAYOR:
¿Qué no sabrá hacer amor?

BALTASAR:
No hubiera bien entendidos,
si no hubiera enamorados.

MAYOR:
Dejemos, señor Berrío,
burlas, y hablemos de veras.
Ya os acordáis que os he dicho
que tengo dificultades
muchas, que si aquí averiguo
y salen en vuestro abono,
a pagároslas me obligo.
¿Tenéis en la corte empleo?

BALTASAR:
Túvele; pero os afirmo
que ensayé en ella el amor
que a vos perfecto os dedico.

MAYOR:
¿Por vida de lo que más
queréis? si así os necesito
a no mentirme.

BALTASAR:
Estad cierta,
como que adorándoos vivo,
que más allá que la muerte
aborrezco aquese vicio.

MAYOR:
Pues siendo así, ¿por qué causa
os ausentastes?

BALTASAR:
Motivos
hallé en ella suficientes
para apelar al olvido
después de un año de amante,

que ya me parece un siglo.

MAYOR:
¿Era su nombre?

BALTASAR:
Doña Ana.

MAYOR:
¿Su calidad?

BALTASAR:
Sé deciros
que en la sangre y en la hacienda
se igualó con mis servicios.

MAYOR:
¿Celos os descompusieron?

BALTASAR:
Celos se engendran de indicios,
agravios de desengaños,
que por mis ojos he visto.

MAYOR:
¿Desengaños? Pues ¿quiere a otro?

BALTASAR:
Quiere agora, querrá y quiso;
que dizque engendran carácter
los amores primerizos.

MAYOR:
Pues ¿con qué seguridad,
si dentro el alma os admito,
crédula a vuestras palabras,
viviré, según lo dicho,
si vos primero la amasteis,
y celos, del amor hijos,
pródigos desbaratados,
llorando sus desperdicios
caen brevemente en la cuenta,
y se vuelven al cariño
del primer amor, su padre?

BALTASAR:

Ya, hermosa señora, os digo
que pasaron de ser celos
a ser agravios los míos.
Mirad que soy caballero.

MAYOR:

¡Qué de ellos habemos visto
calificar sus engaños
a sombra de este artificio!
Ahora bien, don Baltasar,
entretanto que averiguo
despacio en Madrid sospechas
que temo, pero no admito,
yo os prometo no casarme,
por más que inten[t]en prolijos
apresurar mis tormentos
mi padre y vuestro enemigo;
mas con dejarme a mí cierta
de que sabéis resistiros,
no viendo a mi opositora.

BALTASAR:

¿Verla yo? Tiemblo de oírlo.

MAYOR:

Estáis celoso, y los celos,
por lo que de otros colijo,
en convertirse a otra ley,
tienen algo de moriscos.

BALTASAR:

Pues elegid vos el modo
de aseguraros.

MAYOR:

Elijo
uno, puesto que bastante
costoso, como inaudito.

BALTASAR:

Que no reparéis en eso;
ya le espero.

MAYOR:

Ya le explico.
Yo con vos he de enojarme

al fin de nuestro camino,
y tengo de hacer que os prendan
en Madrid.

BALTASAR:
¿Por qué delito?

MAYOR:
Por la muerte del criado
que a nuestro amor dio motivo.
Él era un lacayo pobre,
y, dejando mujer y hijos,
concertándoos con la parte,
su vejación redimimos;
entretanto podré yo
saber lo que solicito,
y, quitándoos ocasiones,
asegurar celos míos.
No ha de haber réplica en esto.

BALTASAR:
Severa sois en arbitrios;
mas yo los acepto; vaya,
si siendo obediente os sirvo.

Sale don LUIS sin ver a BALTASAR y doña MAYOR

LUIS:
(¿Hay tal desaparecerse?
Mas de una legua he corrido
por rodeos y altibajos,
y no puedo descubrirlos.)

MAYOR:
Ansí aseguro sospechas.

BALTASAR:
Lo que yo en eso os suplico,
es que apresuréis amante
la información que os permito,
porque acortemos estorbos.

LUIS:
(Hablar hacia allí he sentido.
¡Válgame Dios! ¿Si son ellos?
Pasos y atención aplico.)

MAYOR:

Si yo verdadero os saco,
y sois, como lo imagino,
quien vos decís y yo espero,
presto saldréis de ese oficio
al que mi amor interesa.

LUIS:

(O se engañan mis oídos,
o es doña Mayor la que habla.
Pero ¿a quién, recelos míos,
promete amantes retornos
que él diligencia y yo envidia?
¿Tan melindrosa poco ha,
pidiendo socorro a gritos,
corriendo descaminada,
pronosticando peligros
su padre, llorando todos,
yo buscándola perdido,
y ella con tanto sosiego
sentada, y en tan distinto
lugar conversando alegre?
¡Qué de cosas que malicio!)

BALTASAR:

Sentirálo vuestro padre
de muerte.

MAYOR:

Yo tengo hechizos
con que acariciar vejezes
de quien en la edad es niño.

BALTASAR:

En fin, ¿hemos de casarnos?

MAYOR:

Al punto que saque en limpio
la verdad de tantas cosas.

BALTASAR:

¿Y don Luis?

MAYOR:

Es desvarío

pensar que ha de cautivarme
amante a quien no me inclino,
cuando le hace ventajas
tantas el señor Berrío.

Sale don LUIS

LUIS:
¡Oh aleve! ¡Viven los cielos,
que tengo de dar castigo
a tu bárbara elección
y al infame desatino
de tu desigual amante.

Levántanse los dos, saca la espada don BALTASAR, opónese a don LUIS

MAYOR:
¿Qué es esto?

BALTASAR:
Hidalgo, pasito.
Sosiéguese: ¿qué le toma?

MAYOR:
¿Estáis en vuestro juicio,
don Luis? Templaos; ¿qué es esto?

LUIS:
¡Pluguiera a Dios que, perdido
mi seso, o nunca os amara,
o nunca llegara a oíros
bajezas y indignidades,
que si bien las apercibo,
juzgo imposible el creerlas!
En fin, Mayor, habéis sido
mujer; en fin, escogéis
a un rústico, cuyo oficio
sirviendo brutos, se llama
mozo de mulas.

BALTASAR:
Ya he dicho
que hable bien y no tengamos
carambolas; que si esgrimo
la de Joanes, al primero
hurgón, perdónele Cristo.

LUIS:
¡Oh infame!

BALTASAR:
Apártese allá,
señor galán; se lo aviso.

LUIS:
¿Vos su esposo? ¿Yo olvidado?
¿Ella aleve, y yo ofendido?
¿Doña Mayor mujer vuestra?
Primero...

BALTASAR:
Todos venimos
de Adán, y yo puedo ser
de toda mujer marido
con la cara descubierta.

MAYOR:
¡Don Luís! ¡Lucas Berrío!
¿Qué disparates son éstos?
Sosegaos, o daré gritos.--

A don LUIS

¿Hay locura semejante?
¿Luego vos habéis creído
lo que aquí nos escuchastes?
¡Jesús! ¡qué gran desatino!
Envainad, que sois un bobo;
poco mi seso acredito
con vos. ¡Lucas, a enfrenar!

BALTASAR:
Voy; pero lo dicho dicho.

Vase

MAYOR:
En fin, ¿me habéis injuriado?
¡Qué de ello perdéis conmigo
desde hoy! ¿Que a tal disparate
lleguéis vos a persuadiros?

LUIS:

Pues si lo oigo, ¿qué queréis?
¿Desmentiré mis sentidos?
¿No sois mujer? ¿Qué milagro
que imitéis vuestro principio?

MAYOR:

Ya os dije que sois un bobo;
túveos yo por entendido.
¿Alquiladora de mulas
doña Mayor? ¡Oh, qué lindo!
Medrábamos en corcoba.
¡Jesús, Jesús, me santiguo
una y mil veces! ¿Que sean
los celos tan persuasivos
o tan necios, que se arrojen
a creer de mi juicio
tan gran desalumbramiento?

LUIS:

A tener los celos tino,
no anduvieran siempre a ciegas;
pero si lo son los míos,
¿a qué propósito agora,
cuando yo os busco molido,
temeroso vuestro padre,
sentados y entretenidos
favorecéis amorosa
a un bárbaro con indignos
desaciertos y esperanza,
cuando menos, de marido?

MAYOR:

Andad; que no estáis en vos.
Es el tonto más sencillo
el Lucas que vio Toledo.
Hasta aquí la mula vino
sin parar, desatinada,
y él, a las ancas asido,
ya que no pudo tenerla,
me tuvo a mí; que os afirmo
que si de mí se apartara,
mil veces hubiera sido
malogro a vuestros deseos
y lástima a nuestro siglo.
Cansóse, en fin, y canséme,

de suerte que me convino
sosegar aquí este rato,
y él a mi lado, perdido
de correr, sentado y necio,
que estaba sin seso dijo
por mí, y dispuesto a casarse,
consintiese o no, conmigo.
Propúsome su linaje
(que es, por lo menos, corito)
su patrimonio, sus deudos,
sus gracias, sus ejercicios;
y yo, por entretenerme,
di ensanchas a su capricho,
ofreciéndole informarme
y, abonándole testigos,
mejorar con él mis bodas.

LUIS:
¿Qué decís?

MAYOR:
Que no sois digno
de que os tenga por discreto
quien vuestro desaire ha visto.

LUIS:
¡Que de éstos es nuestro mozo?
Un viaje entretenido
me prometo, según eso.
No hay celos sin desvaríos;
perdonadme, esposa bella,
y entretengamos fastidios
con él de aquesta jornada,
dando a sus simplezas ripio.

Sale don BALTASAR

BALTASAR:
¡Miren qué mucho que echase
la mula por esos trigos!
Seis dedos sobre los lomos
de matadura le hizo:
¡maldiga Dios al sillón!
Suba.

A doña MAYOR

LUIS:
(Ya me maravillo,
mi bien, que no os arrastrase.)
Lucas, no haya más; amigo
hasta la muerte.

BALTASAR:
Es temprano.

LUIS:
Yo ya con vos no compito;
doña Mayor me desprecia
y os tiene amor.

MAYOR:
Infinito.

LUIS:
No quiero mujer con celos;
de novio vuelto en padrino,
he de alegrar vuestras bodas.

BALTASAR:
¿Se convida?

LUIS:
Me convido.

BALTASAR:
Encaje, pues, esos huesos.

Danse las manos

LUIS:
¿Queréis, pues estoy rendido,
que suba un rato a las ancas?

BALTASAR:
¿Con mi mujer? Palo, digo.

LUIS:
Acabad.

BALTASAR:
¿Y la señora

en el sillón?

LUIS:

Sin peligro

irá, si yo cuido de ella.

BALTASAR:

¡Y que vaya a pie el marido!

¡Oxte, puto! En mi curato

no ha de haber (de esto le aviso)

beneficiado o teniente

con quien parta los bodigos.

Llevaréla de la rienda;

irá vusted su poquito,

un rato a pie y otro andando;

que Cabañas está a tiro

de arcabuz: alto, señores.

LUIS:

Extraño sois.

BALTASAR:

No sufrimos

la mula y yo, ni ancas ella,

ni Lucas sota-maridos.

Toma en brazos a doña MAYOR y vanse

ACTO TERCERO

Salen don ALONSO y don FELIPE

ALONSO:

Basta, que dais en hacernos

merced toda esta jornada;

en Cabañas la posada,

pollos y gazapos tiernos

en Illescas... A este andar

porfiando en regalarnos,

claro está que ha de pesarnos

ver que se haya de acabar

tan presto nuestro camino.

FELIPE:

Ya que en él os encontré,
por dichoso me tendré
que, en fe de vuestro vecino,
me toque el título honroso
de vuestro aposentador.

ALONSO:

Yo soy vuestro servidor,
y me juzgo venturoso
yendo en vuestra compañía.

FELIPE:

El curso que de ordinario
tengo hecho, siendo cosario
de este camino, podría,
aunque la jornada es breve,
enseñarme a descubrir
regalos con que os servir;
por lo menos traigo nieve
y ternera, que no es poco
para tan seco lugar.
Mientras guisan de almorzar,
si con el sueño os provoco,
soy de parecer que un rato
reposéis.

ALONSO:

Como he venido
en litera, helo dormido
lindamente; y me recato
de camas que a tantos son
comunes.

FELIPE:

Camas y lodos
déjanse pisar de todos,
como mozas de mesón;
mas yo siempre me prevengo
de sábanas y almohadas
caseras, por las posadas.

ALONSO:

El mismo cuidado tengo;
y de ordinario las llevo
en un baúl como agora.

FELIPE:

No saldremos en esta hora;
por eso en el mesón nuevo
previne dos salas frescas,
que es más capaz y mejor.

ALONSO:

Mientras va doña Mayor
a ver la Virgen de Illescas
y oye en su altar una misa,
el almuerzo prevendremos,
porque esta noche lleguemos
a Madrid.

FELIPE:

Si se da prisa
el cochero; que hay que andar
seis leguas, y la de Parla
es larga.

ALONSO:

Tiempo hay de andarla,
pues el sol nos da lugar,
que agora empieza a nacer.
¿A qué vais vos a la corte?

FELIPE:

No a pretensión que me importe.
Soy mozo, y no sé perder
fiestas que ilustran hazañas
con que España alegre está;
convida a toros Bredá,
y el Brasil pone las cañas;
quisiera dar a un rejón
crédito delante el rey.

ALONSO:

Son guarda de nuestra ley
su castillo y su león;
y ansí no me maravillo,
contra quien su fe no entienda,
que tal león la defienda
y la ampare tal castillo.

FELIPE:

¡Qué de enemigos tenía
el infierno convocados!

ALONSO:

Dicen que en tiempos pasados
seguro el león dormía,
viéndose en la posesión
pacífica de su imperio;
juzgaron a vituperio
los lobos que así el león
en los dos mundos tuviese
imperio tan absoluto,
sin que se escapase bruto
que su nombre no temiese;
y, habiendo entre todos liga,
como durmiendo le vieron,
sus estados repartieron;
¡tanto la ambición instiga!
y, consultando sus robos,
afirman, mas será error,
que alguno que era pastor
se coligió con los lobos.
Por cuatro partes marcharon
y, arriesgando su fortuna,
le acometieron a una;
mas no le desafiaron,
que fue acción poco bizarra.
El león, que los sintió,
dio un bramido, bostezó
y enseñóles una garra,
con que, el ánimo perdido,
no hay quien del temor no muera;
si despertara, ¿qué hiciera
quien mata con un bramido?
No hay quien ose esperar ya,
después que el Alba salió,
u diga quien lo intentó
cómo en la Feria le va.
Brame España, que atropella
lobos con blasón eterno;
que las puertas del infierno
no prevalecen contra ella;
y dadme licencia a mí
que dé a nuestros mozos prisa.

FELIPE:

Pienso que salen de misa.

ALONSO:

Pues esperadlas aquí.

Vase. Salen doña MAYOR, doña ELENA y don LUIS

MAYOR:

¡Qué imagen tan milagrosa!

ELENA:

Sólo el verla da consuelo.

MAYOR:

Es depósito del cielo.

¡Qué devota, qué amorosa!

ELENA:

Cargada voy de medidas
y de medallas de plata.

MAYOR:

Como en ellas se retrata,
cuanto a Dios por ellas pidas,
tendrá salida mejor;
que para un amante fiel,
copias que imita el pincel
son sus cartas de favor.

LUIS:

Devotas las dos salís.

MAYOR:

De sólo haberla mirado,
el dolor se me ha quitado
de cabeza.

LUIS:

Si dormís
al fresco de esta mañana,
cansancios restauraréis
que experimentado habéis
en la noche toledana.

MAYOR:

¡Y qué enfadosa que ha sido!

ELENA:
Señor don Felipe, ¿es hora
de caminar?

FELIPE:
No, señora,
pero rato ha que lo ha sido
de que almorcemos; que está
llamándonos quien lo guisa.

ELENA:
El comenzar por la misa
buen fin al camino da.

FELIPE:
Según refrán castellano,
por oírla y dar cebada,
nunca se pierde jornada.

MAYOR:
Éste es proverbio cristiano.

ELENA:
Poco lo debe de ser
quien por esta villa pasa,
y a la Virgen en su casa
ni visita ni va a ver.

FELIPE:
¿Qué es lo que la habéis pedido,
por mi vida, Elena bella?

LUIS:
¿Qué ha de ser, siendo doncella?
Por lo menos, un marido.

ELENA:
Pues ¿he de pedirla dos?

LUIS:
Para escoger, no tan malo.

ELENA:
Son tales, que los igualo
a todos; líbreme Dios

de súplica tan costosa;
acreditad más mi seso.

MAYOR:
¡Ay prima! ¿Para qué es eso,
si allá te queda otra cosa?

ELENA:
Juzgas por tu pecho el mío.

MAYOR:
Yo, cuando en eso repares,
los maridos tengo a pares.

ELENA:
¿Y son?

MAYOR:
Don Luis y Berrío.

ELENA:
Y vienen como perdices,
chico con grande; mas ¿quién
juzgas que te está más bien?

MAYOR:
Pues ¿eso, Elena, me dices?
¿Hay tal Lucas en el mundo?
¿Quién puede hacerle ventaja?

ELENA:
En dar a una mula paja,
no debe tener segundo.

MAYOR:
Tú lo verás algún día,
y envidiarás mis desvelos.

LUIS:
Burlas son; pero los celos,
ni aun de burlas, Mayor mía.

MAYOR:
¿Burlas? ¡Gentil desvarío!
Pues ¿osaráse igualar
en talle, en gracia, en hablar

vuesa merced con Berrío?
Vamos; que le quiero ver.

ELENA:
Basta, que en donosa has dado.

MAYOR:
Sobrestante del ganado
no es marido de perder.

Vanse doña MAYOR y don LUIS

FELIPE:
Esperad, señora, un poco,
y pagad agradecida
a quien con vuestra partida
está, si no muerto, loco.
¡Qué de inconvenientes toco,
viendo que a la corte vais!
Si en su mar os engolfáis,
ya doy mi amor por perdido;
que es cortesano el olvido,
y ya en mí le ejecutáis.
Ausente, y sin despediros,
presente, y sin deteneros,
yo olvidado por quereros,
vos ingrata por partiros,
malogrados mis suspiros,
mi esperanza sin reparos,
siguiéndoos por obligaros,
y vos huyendo de verme,
¿qué fe puedo prometerme
de menosprecios tan claros?

ELENA:
Pues ¿sobre qué fundamento
intimáis quejas tan grandes?
¿Embárcome para Flandes?
¿Despliego velas al viento?
¿Voy a la corte de asiento,
o a celebrar convidada
de una prima concertada
una boda prevenida,
por ir vos, entretenida,
por ser suya, deseada?
No llegará el coche apenas

a San Isidro, la ermita
que a Manzanares limita
márgenes de sus arenas,
cuando alegres norabuenas
de desposada reciba,
y entre música festiva,
mientras que la palma toca,
desde la mano a la boca,
libre entre y salga cautiva.
¿Tan largo plazo es seis días
que podré con ella estar,
si vuelta luego he de dar,
para esas melancolías?

FELIPE:

Temen las sospechas mías
novedades cortesanas;
pero júzguense por vanas,
y decidme qué ocasión
da tanta priesa a esa acción;
que habrá muchas no livianas,
pues que bodas apresuran
antes de entrar en la corte.

ELENA:

Gozar los gustos sin porte
es lo que hoy todos procuran.
De los gastos se aseguran
los que en secreto se casan;
que ostentaciones abrasan
facultades caudalosas,
y las que son más lustrosas
duran poco y presto pasan.
Ya está la industria discreta
en la corte introducida;
la gala más recibida
por barata, es la bayeta;
la mejor boda es secreta,
y ya, en fin, en nuestros días
mercedes y señorías
se entierran a media noche,
llevando el cuerpo en un coche,
por ahorrar de cofradías.
Por eso don Luis se casa
según la ley del provecho,
hallándose lo más hecho

primero que entre en su casa.

FELIPE: Prudencia es vivir con tasa;
también lo pienso imitar.

Sale CASILDA

CASILDA:

Señores, alto, a almorzar;
que llama el viejo.

FELIPE:

Advertid
que entráis, Elena, en Madrid,
y los naufragios del mar.

Vanse doña ELENA y don FELIPE. Sale CARREÑO

CARREÑO:

Mientras allá dentro almuerzan,
y a cabar viñas va el zafio,
¡oh tú... (parezco epitafio
de estos que vocablos fuerzan)
¡oh tú que empiezas con ca,
y llamándote Casilda,
tu nombre acaba en asilda,
porque te he de asir quizá,
si acaso se te ha pegado
el amor que es sarampión,
que de mesón en mesón
mil mozos ha salpicado,
advierte que desde ayer
que te advertí billetera,
mi voluntad casildera
casildar debe querer,
porque casi me encasildo,
Casilda, por ti y me abraso;
si con Casilda me caso,
casi engendraré un cabildo
de Casildicos entero,
que en cada casa y lugar
se casen por casildar
con el nombre casildero.

CASILDA:

¿En qué bodegón comimos,
señor tahur de vocablos?

CARREÑO:

Señora afeitá-retablos,
en ése donde estuvimos.
¿No es hembra? Yo, ¿no soy hombre?
¿Qué la sobra o qué me falta?
Sepa que el alma me asalta
la semejanza del nombre
que al mío principios da
con las dos letras primeras
que el suyo.

CASILDA:

¡Ay Dios! ¡Qué frioleras!

CARREÑO:

¿Casilda no empieza en ca?
¿En ca Carreño no empieza?
Pues si principios juntamos
y con ellos nos casamos,
dueño yo de tal belleza,
del ca que mi nombre saca
y el ca que en Casilda vemos,
no es milagro que engendremos
un niño que diga caca.

CASILDA:

Algo espeso es el conceto.

CARREÑO:

Guisóle un ingenio ralo;
vaya el ralo para malo;
tú eres cuerda, yo discreto;
si don Baltasar se casa
con mi sá doña Mayor,
¿quién te puede estar mejor,
pues todo se cae en casa?
Acción los lacayos tienen
a fámulas de las damas,
pues son amos y son amas.

CASILDA:

¿Qué es aquello?

CARREÑO:

Van y vienen

de Madrid y de Toledo
carros que, dándose vaya,
son galeras de esta playa.

CASILDA:
Pues oigámoslos.

CARREÑO:
No puedo;
si no quedo tu privado
y en astillero mi amor.

CASILDA:
Lo que fuese del señor,
eso será del criado.

Dentro

UNA VOZ:
"El sombrero de tema
y el rostro zaino,
mi moreno me mira
a lo renegado.

MUCHAS VOCES:
¡Jesús! ¡qué enojo!
¡Jesús! ¡qué enojo!
Morenico del alma,
levanta el rostro.

OTRA VOZ:
De Madrid a Getafe
ponen dos leguas;
veinte son si la calle
se pone en cuenta.

MUCHAS VOCES:
¡Jesús! ¡qué larga!
¡Jesús! ¡qué larga!
No me llesves por ella,
Diego del alma."

CARRETERO 1º:
Deja de tañer el muerto,
pues eres pandero vivo.

CARRETERO 2º:
¿Quién te mete en eso, chivo?

CARRETERO 3º:
Dalas, carretero tuerto,
y callen los mariones.

CARRETERO 4º:
Señores berengeneros,
si pares, digo los cueros,
si cueros, digo los nones.

CARRETERO 1º:
Ballenatos, ¡la ballena!
que se os escapa el río abajo.

CARRETERO 2º:
¿Cuántas ha dado el badajo?

CARRETERO 1º:
Ballenato.

CARRETERO 2º:
Berengena.

CARRETERO 3º:
Zupia.

CARRETERO 4º:
Mienten los vinorres.

CARRETERO 1º:
Echa ese estiércol, borracho.

CARRETERO 2º:
¡Ah, mula! Dalas, muchacho.

MUCHAS VOCES:
Que te corres, que te corres.

UNA VOZ:
"Labradoras Getafe,
Leganés mozos,
Torrejón casaditas,
Pinto uno y otro.

MUCHAS VOCES:

¡Jesús! ¡qué lindos!
¡Jesús! ¡qué lindos
Torrejón, Valdemoro,
Getafe y Pinto!"

CARREÑO:

Esta sí ¡cuerpo de Dios!
que es tierra alegre y sin miedo.
¡Oh gran Madrid! ¡Oh Toledo!
Dios me mate entre los dos.

Sale don LUIS

LUIS:

Alto, Casilda, de aquí,
a almorzar.

CASILDA:

¿Han ya acabado
los señores?

LUIS:

Ya han alzado
las mesas.

[Hablan aparte CARREÑO y CASILDA]

CARREÑO:

(Hermana, sí
o no; de presto, decildo.)

CASILDA:

(Dejarámelo pensar.)

CARREÑO:

(Carreña te has de llamar,
¡vive el cielo!)

CASILDA:

(¿Y tú?)

CARREÑO:

(Casildo.)

Vanse CARREÑO y CASILDA. Sale don BALTASAR

BALTASAR:

Hase quebrado una rueda,
y es fuerza arrancar más tarde.

LUIS:

¡Un turco la flema aguarde
de un coche!

BALTASAR:

Medrano queda
dando prisa al aderezo.

LUIS:

¿Mas que no llegamos hoy
a Madrid?

BALTASAR:

¿No? Yo le doy
mi fe, si a correr empiezo
y las reatas acoto,
que llegue con más de un hora
de sol allá. Escuche agora;
mientras está el coche roto,
pues mi padrino ha de ser
y me tengo de casar,
¿no sería bueno hablar
a mi suegro, y no perder
tiempo?

LUIS:

Sí, que el que comienza
lo más hace; habladle vos.

BALTASAR:

¿Yo?

LUIS:

Pues ¿quién?

BALTASAR:

¡Bueno por Dios!

LUIS:

¿Por qué no?

BALTASAR:
Tengo vergüenza.

LUIS:
¿Qué hiciera la desposada?

BALTASAR:
Yo en estas cosas soy nuevo;
dígaselo él.

LUIS:
No me atrevo.

BALTASAR:
Pues si no, no hay hecho nada;
descasaréme sofato, (ípso facto)
en no tratándose aquí;
a ella le va más que a mí.

LUIS:
(¡Hay más simple mentecato!)
¿No aguardaréis coyuntura
en Madrid?

BALTASAR:
¡Gentil espacio!
¿Somos novios de palacio?
Aquí hay confites y cura;
boda que llega a enfriarse,
dizque llega a arrepentirse:
o dejallo u conclüirse.

Salen don ALONSO, doña MAYOR, doña ELENA, don FELIPE, CASILDA y
CARREÑO

ALONSO:
¡Miren dónde fue a quebrarse
la rueda!

MAYOR:
¿Qué hemos de hacer,
sino sufrir y esperar?

ALONSO:
Dura un hora en un lugar
más que un día.

LUIS:

Entretener
os quiero mientras partimos.
Habéis de saber, señor,
que medra doña Mayor
de consorte.

ALONSO:

Ya supimos
que Berrío la ha mirado
con achaques de marido.

BALTASAR:

¿Quién? ¿Yo? La señora ha sido
quien en tal flaqueza ha dado.

ALONSO:

Luego ¿ella os ruega?

BALTASAR:

Pues ¿no?
¿En esa ignorancia están?
A la vista de Magán,
cuente ella lo que pasó;
que yo de mis viñas vengo.

ALONSO:

Será como lo decís.
¿Mayor no ama a don Lüis?

MAYOR:

Poca voluntad le tengo.

ALONSO:

¿Y le ha parecido bien
Lucas?

MAYOR:

Extremadamente.

ALONSO:

Don Lüis, como prudente,
conociendo su desdén,
no quiere mujer forzada.

MAYOR:

Sólo en eso fue discreto.

ALONSO:

Soy padre suyo, en efeto;
temo verla mal casada.
¿No haré un acertado empleo,
si se la doy a Berrío?

ELENA:

Pues ¿no? ¡Jesús, señor tío!
Yo infinito lo deseo.

LUIS:

Ya yo le he dado mi voto.

FELIPE:

Lo demás fuera rigor.

CASILDA:

Medraré con tal señor.

CARREÑO:

A ese parecer me acoto.

ALONSO:

Pues yo no lo contradigo,
ya que todos me lo alaban.

BALTASAR:

Ténganse; luego ¿pensaban
que está acabado conmigo?
Sepamos primeramente
el dote que me han de dar.

ALONSO:

Si Mayor me ha de heredar,
no hay en eso inconveniente.
Decidnos vos vuestra hacienda.

BALTASAR:

¿Piensan que el casarse es paja?
Quien destaja, no baraja.
Yo tengo, porque lo entienda,
un solar en Lavapiés
que, según mi hermano dijo,

en muriéndosele un hijo,
se ha de partir entre tres;
en Torrejón dos majuelos,
que agora se han de plantar;
ítem más, un melonar
que he comprado en Cienpozuelos,
y, si acierta la calaña,
no es su ganancia pequeña;
ítem más, tengo una haceña
y una casa en la montaña
que, aunque se las llevó el río,
fácil alzarse podrán;
¿no es bueno el coche en que van?
pues la mitad de él es mío;
tres mulas y un macho romo,
y mi soldada cumplida
para la Pascua florida,
treinta ducados.

ALONSO:

¡Y cómo
que es caudaloso el mancebo!

BALTASAR:

Sendos vestidos de paño,
sin éste que compré antaño;
tres jubones, éste nuevo,
y dos que echándoles mangas,
harán también su feitura.

ALONSO:

¡Como quiera es la ventura!
Andaos a caza de gangas,
¡y dejad perder tal yerno!

BALTASAR:

Tengo cinco camisones,
dos sombreros, tres valones,
y un gabán para el invierno;
en Indias un par de tíos,
un sobrino colegial,
y el doctor del hospital
es deudo de deudos míos;
un familiar viejo y rico
de la santa esquisición...
Quedábaseme un lechón

tamaño como un borrico,
además del racionero
de Murcia, que dije ya.
¿Es barro esto?

ALONSO:
Bueno está;
mi yerno sois y heredero.
Aquí habéis de desposaros;
las manos los dos se den.

BALTASAR:
¿Aquí?

ALONSO:
Sí.

BALTASAR:
¿En un santiamén?

ALONSO:
Porque no podáis tornaros
atrás; que me estará mal,
si tan buen lance perdemos.

BALTASAR:
A mí, mas que nos casemos.

LUIS:
(¡Que alegre está el animal!)

BALTASAR:
Mas yo holgaréme, señor,
que otros también se casaran,
y el trabajo acompañaran
del matrimonio. Mijor
será dar al tiempo riendas;
presto los meses se pasan;
de doce en doce se casan
los más por carnestollendas;
para entonces lo dejemos.

MAYOR:
¿Para entonces? No, Berrío;
no, padre; no, Lucas mío.

BALTASAR:

A mí, mas que mos casemos;
pero a solas, sentirélo.

FELIPE:

Pues hagamos una cosa;
deme doña Elena hermosa
la mano, pues quiso el cielo
que la adore.

ELENA:

En hora buena.

ALONSO:

Alto, si ello está de Dios,
cásense de dos en dos.

MAYOR:

Por muchos años, Elena.

ELENA:

Para servir a mi prima
y a mi primo el sobrestante.

BALTASAR:

Señores, báilese y cante.

LUIS:

(¿No ven cómo se le arrima?)

ALONSO:

(Por Dios, que es el mejor rato
que nunca pensé tener.)

BALTASAR:

Asentémonos, mujer.

LUIS:

Aparta allá, mentecato.

BALTASAR:

Pues ¿qué tenemos?

ALONSO:

Dejalde.

A don LUIS

FELIPE:

(¡Oh, si nos desbaratáis
la fiesta...)

ALONSO:

Muy bien estáis,
yierno, asentaos; Mayor, dalde
la mano; yo gusto de eso.

A don ALONSO

LUIS:

(Para burlas bueno está.
Ea, acábese esto ya.)

ALONSO:

(¿Estáis en vos? ¡Gentil seso!
Pues hácenos merced Dios
en darnos con que alegrar
molestias del esperar,
¿y alborotáisnoslas vos?)

A don Luis

ELENA:

(Quien no tiene gusto en esto,
preciarse de hombre no es justo.)

LUIS:

(¡Oh pesia a tal, con el gusto
tan pesado y tan molesto!
¿Queréis que permita yo
que la mano a un bruto dé?)

ALONSO:

(Dejadnos, por Dios.)

LUIS:

(Sí haré.)

BALTASAR:

Pues Casilda, ¿en qué pecó?
Busquémosla un desposado.

ALONSO:
Ha dicho bien.

FELIPE:
Mi criado,
como Casilda lo quiera,
no tendrá gusto pequeño,
que yo sé que la enamora.

CASILDA:
Pues se casa mi señora,
vaya.

FELIPE:
Llégate, Carreño.

CARREÑO:
Llego: esos nudos aplica.

CASILDA:
Tuyos con el alma son.

CARREÑO:
Casamiento de mesón
fayancas me pronostica.

CASILDA:
Aquí hay guitarra y pandero,
que es provisión de posadas.

ALONSO:
Pues bailen las desposadas.

BALTASAR:
Aseguremos primero
las bodas. Señora, diga,
¿quiere, en fin, ser mi mujer?

MAYOR:
Pues ¿no había de querer?
Digo que sí.

BALTASAR:
¿Y que se obliga
a quedarlo desde aquí
para delante de Dios?

MAYOR:

Mil veces sí. ¿Queréis vos
ser mi marido?

BALTASAR:

Re-sí.

LUIS:

(¡Vive Dios!, que me dan pena [Aparte]
estas burlas. ¡Que haya humor
que guste de esto!)

BALTASAR:

El señor
¿da el sí a la señora Elena?

FELIPE:

De marido y de mi dueño.

BALTASAR:

¿Y ella?

ELENA:

El alma con el sí.

BALTASAR:

¿Y Casilda?

CASILDA:

Ya le di
la mano.

BALTASAR:

¿Quiere Carreño
ser su esposo?

CARREÑO:

Y enterralla?

ELENA:

Testigos hay, no los llamen.

BALTASAR:

Todos dicen amen, amen,
sino es don Sancho que calla.

Señalando a don LUIS

MAYOR:

¿Qué importa, si os quiero yo?

BALTASAR:

Eso bonda: alto, a bailar,
y al que le diere pesar,
que le haga mala pro.

Bailan. Sale MEDRANO

MEDRANO:

Ya está aderezado el coche;
vengan a poner el hato.

ALONSO:

Yo he tenido un lindo rato.

LUIS:

Vamos; que, aunque sea de noche,
hemos hoy de llegar.

ALONSO:

Ea, Lucas, que en Madrid
se hará lo demás; uncid.

BALTASAR:

Allá nos pueden velar
el domingo, Dios delante,
señor suegro.

ALONSO:

Ansí ha de ser.

BALTASAR:

Entre, señora mujer.

MAYOR:

Entro, señor sobrestante.

Vanse todos, y al entrarse don BALTASAR, sale don DIEGO y le detiene

DIEGO:

Esperad, Lucas Berrío

(si en fe de vuestra nobleza
juzgáis a título honroso
que os hable de esta manera),
admitid mil parabienes
del hábito en que en Illescas
os halla quien esperaba
dároslos de una encomienda.
Váyale a pedir albricias
a vuestro padre el que intenta
(por que alegren tales cargos
su vejez) medrar con ellas;
que cuando la acción honrosa
del marquesado se pierda,
por eso la equivaldrá
el ser mozo de litera.

Don Baltasar, ¿es posible
que en vos mocedades puedan
degenerar vuestra sangre,
y alargar tanto la rienda
a ilícitas travesuras,
que en tan civil traje os vea
quien, desmintiendo a sus ojos,
se holgara que nunca os vieran?
¿Vos mozo de mulas bajo?

Afrentad enhorabuena
vuestra sangre; pero no
a la mía hagáis afrenta.
Doña Ana de Castro os quiso
tanto que, andando en las lenguas
de toda su vecindad,
es causa que el seso pierda.
Persuadiónos, engañada,
a la pretensión honesta
que, enlazando corazones,
logra en tálamos la Iglesia:
amonestada con vos
dos veces, y la tercera
a punto de publicarse,
¿qué faltas viste en ella
para ocasionar venganzas
a la sangre portuguesa,
que en respetos semejantes
o pierde el seso o se venga?
Agradeced mi templanza;
que, injuriado, bien pudiera,
publicando aquí quién sois,

sacaros a la vergüenza.
Amor todo lo perdona;
demos a la corte vuelta;
abrid al honor los ojos;
caballero sois; no pueda
más el vicio que la fama
en vos. Doña Ana os espera;
reparad obligaciones,
o si no, salgamos fuera
del lugar, donde la espada
os obligue a hacer por fuerza,
guiada de mi justicia,
lo que no puede la lengua.

BALTASAR:

Don Diego, bien sabéis vos
lo que mi crédito arriesga,
si con quien está casada,
al cielo ofender intenta.

DIEGO:

¡Casada! ¿Cómo o con quién?

Sale doña MAYOR

MAYOR:

(Desposada estoy de veras, [Aparte]
aunque lo juzgue de burlas
mi padre. ¡Gentil quimera
nos ha pasado este día!
¿Qué juicio habrá que crea
que por mano de mi padre
a darme la suya venga
quien, tan lejos de su gusto,
me quiere, y que lo consienta
el mismo que a desposarse
conmigo da tanta priesa?
Yo a lo menos con el alma
se la di; si es verdadera
su voluntad, hecho está,
suceda lo que suceda.)

DIEGO:

Las cédulas que alegáis
bastantes estorbos fueran,
a no morir peleando

don Rodrigo, en fin Almeida.

MAYOR:

(¿Qué es esto, cielos? ¿Qué escucho?

¿Ya hay perseguidor que venga
a desbaratar mis dichas?

¿Tan presto empezáis, sospechas?)

DIEGO:

Testigo podéis ser vos,
cuyos ruegos y promesas
no han sacado de doña Ana
más que permitidas muestras
de amor, si habrá don Rodrigo
en cuanta correspondencia
con ella tuvo, alcanzado
cosa que agraviaros pueda.

Viuda está en la voluntad;
pero en lo demás defienda
el recato de su fama

su constancia y su entereza.

Ella os adora, y aquí
vuestra mocedad intenta
imposibles que esta noche
burlar vuestro amor es fuerza.

Don Luís ha de casarse,
según dicen, a las puertas
de Madrid; pues ¿qué intentáis
de tan difícil empresa?

Yo he de impedirlos a vos;
y si la vida me cuesta,
o habéis de cumplir palabras
o habéis de morir por ellas.
Determinaos brevemente.

MAYOR:

(Amor, escuchad respuestas
de una voluntad mudada
que el oro de su fe prueba.
Veamos qué le responde.)

BALTASAR:

Ahora bien, don Diego, venzan
obligaciones antiguas
mis inclinaciones nuevas.
Recelos bien indiciados

pudieron sacarme fuera
de juicio y de la corte:
hoy hemos de entrar en ella.

DIEGO:

Si se casan esta noche,
como decís, poco cuesta
dar fin a esta travesura,
pues ya a entibiarse comienza.

BALTASAR:

No receléis desde agora
que, animando diligencias,
mi competidor amante
por mí a doña Mayor pierda.
Ya veis que, siendo de día
y caminando con ella,
si me ausento o mudo traje,
doy que notar en Illescas;
sospechará don Lúís
alguna cosa en ofensa
de la opinión de su dama,
no igualándola Lucrecia.
Proseguiré este viaje
y, aguardando a que anochezca,
la dejaré en San Isidro,
donde su tálamo aprestan,
y en hábito generoso,
verá vuestra prima bella
las ventajas con que amores
celosos su fuego aumentan.

MAYOR:

(¡Oh mudable! ¿Así se pagan
primores que menosprecian
leyes de padre que obligan
al yugo de obediencia?
Ya yo soy tu esposa, ingrato.
Cuando incasable me dejas,
¿tu valor y mi fe agravias?
Pues antes que tal consienta,
te he de hacer quitar la vida.)

DIEGO:

Agora que os aconseja
la sangre que illustre os honra,

contra lo que el gusto aprueba,
os doy los brazos de amigo.

MAYOR:

(¡Ay Dios! ¡Si de tigre fueran!)

DIEGO:

En San Isidro os aguardo.

BALTASAR:

Son vigilia de su fiesta
los celos en los amores.
Dad a mi enojada prenda
mil disculpas de mi parte.

DIEGO:

Y mil placeres con ellas.

Vase. Salen don ALONSO, doña ELENA, don
LUIS, CASILDA, MEDRANO

ALONSO:

Mayor, ¿qué aguardas? Partamos,
que es tarde.

LUIS:

Lucas, daos prisa;
sacad la mula a mi esposa.

BALTASAR:

¿Su quién?

LUIS:

Iba a decir, vuestra.
Acabemos, pues, que es tarde.

MAYOR:

Primero que suba en ella,
lleven preso a ese homicida.

ALONSO:

¿A quién?

MAYOR:

A ese hombre. ¿Qué esperan?

ALONSO:
¿Estás en ti?

MAYOR:
No lo he estado;
ya desengañada y cuerda,
convalece mi juicio.
Vaya preso.

BALTASAR:
¿Habla de veras?

MAYOR:
(Porque os casasteis de burlas.)

BALTASAR:
¿Qué hice yo porque me prendan?

MAYOR:
Vos matasteis a González.

ALONSO:
¿Cómo?

BALTASAR:
¿Yo?

MAYOR:
Vos, buena pieza.
Ahora se lo contaba
a otro hombre y, sin que me vieran,
lo escuché desde aquí todo.

BALTASAR:
(¡Mi bien!)

MAYOR:
No me hable a la oreja.

BALTASAR:
(¿No quedamos que en Madrid
me prendiesen?)

MAYOR:
(Ya van fuera
las burlas; esto es verdad;

ansí mi agravio se venga.)

ALONSO:

¿Que este hombre mató a González?

MAYOR:

Sí, señor. ¡Miren cuál queda
la pobre Mari-Rodríguez
con dos criaturas pequeñas!
Leche su madre me ha dado,
y está la afligida vieja
casi ciega de llorar.

ALONSO:

Llamad la justicia.

BALTASAR:

Fuera.
Ninguno se acerque, digo,
si no es que aburrida tenga
la vida; apártense a un lado.

Hácese lugar por en medio de todos, y
vase

ALONSO:

Tenedle, cerrad las puertas.

MEDRANO:

Es hombre que dice y hace.

MAYOR:

Vayan tras él; si no, adviertan
que no he de salir de aquí
hasta tanto que le prendan.

ALONSO:

Déjale; vaya con Dios;
que embargarán la litera
y el coche por la justicia,
con que agora nos detengan.
Hagamos nuestra jornada;
que cuando allá no parezca,
siendo el medio coche suyo,
aunque poco, al fin es prenda.
El solar de Lavapiés

lo pagará, u de mi hacienda
remediaré viuda y hijos.

MAYOR:
¿Eso dices?

ALONSO:
Calla, necia;
no lo oigan en la posada,
que no lo sabrán apenas
cuando la justicia estorbe
nuestro camino.

Salen don FELIPE y CARREÑO

FELIPE:
¿Hay pendencia?
¿Qué es esto, señores?

ALONSO:
Nada.

MAYOR:
(¡Ay don Felipe! Desprecia
mi amor vuestro falso amigo;
id tras él; que se me ausenta,
y se va a casar con otra.)

FELIPE:
(¿Qué decís?)

MAYOR:
(Que el verme muerta
y el perderle todo es uno.
Mi desdicha en vos espera.)

ALONSO:
Saquen las cabalgaduras.

LUIS:
¡Que tantas cosas sucedan
desde Toledo a Madrid!

ALONSO:
Pues aun nos faltan seis leguas.

Vanse todos, menos don FELIPE y CARREÑO

FELIPE:

Carreño, prevenme postas.

CARREÑO:

Pues ¿para qué?

FELIPE:

Hay cosas nuevas
que sabrás por el camino.

CARREÑO:

Dios nos saque con bien de ellas.

Vanse. Salen PACHECHO y GARCÍA

PACHECO:

¿Está ya aderezada
la cena?

GARCÍA:

Y de esperar, casi pasada.

PACHECO:

No hayáis miedo que tarden.
Mejor es aguardar, que no que aguarden.

GARCÍA:

En fin, ¿en esta ermita
resuelven desposarse?

PACHECO:

Solicita
amor ahorrar de plazos,
y escúsanse convites y embarazos.

GARCÍA:

¿Cuántos serán de mesa?

PACHECO:

Seis o siete no más. Démonos priesa.

GARCÍA:

¿En qué, si ha ya dos horas
que desean parir las cantimploras?

PACHECO:

Será comadre el vidrio
del nevado licor; mas San Isidro
nos brinda con la fuente
que de Juan aplacó la sed ardiente.

GARCÍA:

Quita las calenturas.

PACHECO:

No las de amor que, honesto, son seguras.

GARCÍA:

¡Quién viera dilatada
esta ermita, a tal santo dedicada!

PACHECO:

¡Milagroso aldeano,
que ya en el cielo es rey y es cortesano!

GARCÍA:

Bien aquí pareciera
un convento magnífico.

PACHECO:

Estuviera
devoto y adornado,
y dejara a Madrid autorizado.

GARCÍA:

Su patrona es la villa;
algún día lo hará. ¿Y en la capilla
han de cenar?

PACHECO:

Escojan;
que en el campo calores no congojan,
pues ha de ser de noche.

GARCÍA:

Ameno está aquel prado.

PACHECO:

Éste es el coche.

GARCÍA: Andad, que son dos carros.

¿No escucháis de sus mozos los desgarrros?

Salen don FELIPE y CARREÑO

FELIPE:

Si doña Ana ha podido
resucitar a amor puesto en olvido,
y con ella se casa
don Baltasar, doña Mayor se abrasa
de celos; y en su pena
interesada, perderé a mi Elena.

CARREÑO:

Yo no poco me holgara
que en favor de doña Ana sentenciara
la voluntad traviesa;
que es digna de adorar la portuguesa.

FELIPE:

¿Dónde se habrá escondido
don Baltasar, que hallarle no he podido?

CARREÑO:

En casa de doña Ana.

FELIPE:

En ella me apeé; mas salió vana
mi diligencia.

CARREÑO:

¿Y llora?

FELIPE:

Risueño llanto contemplé en su aurora.

Se acercan a PACHECO y GARCÍA

FELIPE:

Hidalgos, ¿son criados
del señor don Lüis?

GARCÍA:

Sus paniaguados.

FELIPE:

¿Tendránle prevenida

la cena aquí?

GARCÍA:

Y con nieve la bebida.

FELIPE:

Pues yo me aparté de ellos
en Illescas no ha mucho, y son aquéllos,
si no me engaño.

Dentro

ALONSO:

Para.

PACHECO:

¡Hola! ¡A poner a asar!

Vanse PACHECO y GARCÍA

[FELIPE:]

¡Oh noche clara!
¡Qué de nubes que esperas,
de celos, confusiones y quimeras!

Vanse don FELIPE y CARREÑO. Salen don ALONSO, doña MAYOR, don LUIS, doña ELENA, y CASILDA

MAYOR:

No tienen que persuadirme;
que mientras no le pusieren
en la cárcel, no hay casarme.

ALONSO:

Pues ¿qué dependencia tienen
de su prisión estas bodas?

MAYOR:

Yo me entiendo y Dios me entiende.

LUIS:

Mi bien, si en la Babilonia
de la corte no parece,
¿por eso es razón que yo
lo padezca?

MAYOR:
Diligencie
vuesa merced mi venganza,
o no diga que me quiere.

ALONSO:
¡Válgate Dios por camino!
Mayor, ¿qué es esto que tienes?
¿Si las congojas del sol
te han quitado el seso?

MAYOR:
Lleven
al homicida a la cárcel,
y entonces verán qué alegre
a don Luis le doy la mano;
pero si no, desesperen.

CASILDA:
Ella ha dado en ser temosa.

ELENA:
Prima...

LUIS:
Esposa...

ALONSO:
Hija...

MAYOR:
¿Quieren
que me arroje de aquí abajo?
O se vayan o me dejen.

LUIS:
Casémonos; que, casados,
aunque la hacienda me cueste,
no descansaré hasta hallarle.

MAYOR:
No he de casarme hasta verle
en la cárcel por mis ojos;
denme este gusto, y sosieguen
con que seré esposa al punto
del señor don Luis.

LUIS:
¿Qué tiene
que ver lo uno con lo otro?

MAYOR:
Yo me entiendo y Dios me entiende.

Sale don FELIPE

FELIPE:
Señores...

MAYOR:
¡Ay don Felipe!
¿Pareció Lucas?

FELIPE:
Dejéle
en Santa Cruz retraído.

MAYOR:
¿Ven como él le dio la muerte?

ALONSO:
Pues ¿de cuándo acá amas tanto
al difunto?

MAYOR:
Diome leche
su madre, y he de vengar
la sangre de un inocente.

LUIS:
Pues, estando retraído,
¿cómo habemos de prenderle?

MAYOR:
Yo sé dónde le hallarán,
si le buscan diligentes,
esta noche.

ALONSO:
Dinos dónde.

MAYOR:

Prenderánle, como acierten
en casa de una doña Ana
de Castro, infaliblemente.

LUIS:
¿Dónde vive?

MAYOR:
¿Qué sé yo?
Diránlo sus portugueses.

CASILDA:
Buscad a San Pedro en Roma.

LUIS:
Ella está loca.

ALONSO:
¿Qué sientes,
hija? ¿Si me la han aojado?

MAYOR:
Yo me entiendo y Dios me entiende.

Salen don BALTASAR, muy bizarro, y CARREÑO

BALTASAR:
Mil veces sean bien venidos
a Madrid vuestas mercedes.

ALONSO:
Y vos, señor, bien llegado.
¿Qué mandáis, pues?

BALTASAR:
Que se quieten
todos estos sobresaltos,
y doña Mayor alegre
con su mano mi esperanza.

LUIS:
¿Cómo es eso?

BALTASAR:
No se altere
ninguno; Lucas Berrío

está aquí; si ya no quieren
que sea don Baltasar
de Córdoba, que pretende
llevar su esposa a su casa.

LUIS:
¿Quién es su esposa?

BALTASAR:
Bien pueden,
si todos fueron testigos,
a sí mismos responderse.
¿No nos desposó su padre
en Illescas? ¿Qué pretenden?

CARREÑO:
Encorozar nuestra novia,
si la hacen casar dos veces.

ALONSO:
Ésa fue boda de burlas.

BALTASAR:
Yo de veras hablé siempre.

MAYOR:
Y yo también.

LUIS:
¡Oh traidores!
Armas tengo que me venguen.

FELIPE:
Perderéisos; don Lüís,
deteneos y, más prudente,
envidiad conformidades
que se aman y os aborrecen.
Don Baltasar es tan noble,
que en Córdoba resplandece
para gloria de su fama
la luz de sus ascendientes;
seis mil ducados de renta
la senectud le promete
de un siglo de años que presto
marqués imagina verle;
mirad con quién competís.

LUIS:

Nada mi sangre le debe;
mis agravios, sí, infinito;
pero Madrid tiene jueces
y mi satisfacción armas.

Vase

CARREÑO:

Eso sí, vaya y pleitee,
dejándonos a la novia.

Sale don DIEGO

DIEGO:

Don Baltasar, hoy suceden
las cosas a vuestro gusto.
Don Rodrigo, cuya muerte
fingió el vulgo mentiroso,
está en la corte y previene
confirmar cédulas nobles
con las obras, que agradece
mi prima, ya esposa suya.

BALTASAR:

Siglos en vez de años cuenten.

MAYOR:

De ese modo asegurada,
sólo falta que nos eche
mi padre su bendición.

ALONSO:

Vaya, pues que Dios lo quiere.
Mas ¿fue de veras también
el desposorio solemne
de Elena y de don Felipe?

FELIPE:

Pues ¿de eso dudáis?

ALONSO:

Celebren
unas y otra vuestra industria.

CARREÑO:

Y digan vuestas mercedes,
las nuestras ¿en qué pecaron?

BALTASAR:

Dote os daré competente.

ALONSO:

Vamos a cenar agora.

BALTASAR:

Esto y mucho más sucede
desde Toledo a Madrid,
aunque es jornada tan breve.

FIN DE LA COMEDIA